

Demencia (El Mundo de los que Ven más Allá)

Sasha Cosme



Capítulo 1

La habitación estaba fría, más de lo que a Willo le podía agradar. Ya casi no sentía sus manos; porque su madre hacía meses le daba con poner el aire acondicionado a toda velocidad. Él tampoco le preguntaba porque lo hacía; pues sospechaba las razones, seguramente se debía al abandono de su esposo. Le había dado con cambiar muchas cosas desde que eso había ocurrido; empezó con el apellido, después los muebles de la sala, así siguió cambiando cosas, ahora le había dado con cambiar también su nombre. Resultaba de nuevas a primeras querer que la llamaran señorita Laura; cuando su nombre realmente era Ana. El tampoco ya trataba de corregirla. Lo había intentado muchas veces sin tener éxito ya hace algunos tres meses; pero ella insistía que la llamaran al menos Laura. El por complacerla y no hacerle más difícil el proceso, accedió. Ya había sufrido ella lo suficiente; pues Will se largó un día sin dar ninguna explicación. El escuchó como ella atormentada lloraba todas las noches en su habitación por su abandono; aunque al amanecer en frente a su hijo disimulara aparentando que nada ocurría. A él también le dolió perder a su padre; pero pudo superarlo más rápido que su mamá. A lo mejor porque era más joven; aunque ya era ridículo seguir extrañándolo, ya hacía cuatro años que el mal parido había partido.

De repente se abrió la puerta de su habitación. Era Ana, más bien Laura o señorita Laura, como quería ella últimamente que la llamaran.

- Willo, necesito que me acompañes. - dijo su madre con un tono de tristeza.

El tampoco preguntó que le pasaba. Sus cambiantes estados de ánimos eran muy normales desde lo ocurrido. Al bajar las escaleras y llegar a la sala, otra vez muy bien cambiada, se encontraba su padre. El causante de todos los sufrimientos de su mamá estaba en frente y su madre aparentaba estar inerte ante su aparición. No parecía el momento de preguntar porque se aparecía después de tanto tiempo; así que Willo solo caminó hacia su progenitor mirándolo fijamente a los ojos.

- Hola, Willo. ¿Cómo te va?

Will lucía diferente desde la última vez que Willo lo vio. Tenía canas, su pelo era una combinación de sal y pimienta; aunque más sal que pimienta. "¿Ahora preguntas como estoy? ¿Después de tanto tiempo?" se limitó a pensar el muchacho; aunque solo alzara sus hombros en señal de "estoy bien" conjunto con una mueca en sus labios parecida a la que hace un bebé cuando prueba algo que no le gusta.

- Vengo por ti.

Willo abrió sus ojos como dos platos y miró rápidamente a su madre haciendo un gesto de negación con la cabeza. Su madre, aun inerte, solo miraba a su hijo con los ojos fríos como las noches de un desierto y asintió con la cabeza.

- ¡No! ¿Por qué?

- Es lo mejor para ti. - contestó su madre con un tono aún más frío.

Willo al ver como respondía su madre no opuso resistencia. Todos los años tratando él de entenderla y lidiar con sus cambiantes estados de ánimo aparentemente no merecían la pena. Todo lo había soportado en vano. Ahora lo quería desechar; aunque sabía que no era la primera vez que ella planeaba hacerlo. Una vez la escuchó hablarlo por teléfono. Aunque al día siguiente solo visitaron el orfanatorio; pero al escuchar sus gritos y chillidos al ella tratar de irse; no tuvo el coraje de dejarlo allí. Ahora todo cambiaba; era su padre el que venía y no lloraría pues ya tenía 14 años. Aparentemente ella se sentía más tranquila abandonándolo con ese otro extraño. Sintió coraje; aunque no lo demostró. Solo le quedó salir de allí con su padre; porque ya todo estaba empacado y listo, cosa que también lo cogió por sorpresa. Al salir no quiso ni mirar a su madre; no merecía la pena sufrir por alguien así. Encima de todo ella tuvo la osadía de preguntar si no se iba a despedir; él solo siguió a su padre y la ignoró.

Al salir, vio que su padre había cambiado el sedán color gris por una camioneta blanca mucho más espaciosa. Willo escogió sentarse en el asiento trasero a pesar que el de al lado del conductor estaba vacío; en realidad no era como que estaba contento con su papá después de lo que les había hecho tanto a él como a su mamá. El viaje ya había durado dos horas. Willo y Will no dirigían palabra alguna por el camino. Se estaba convirtiendo en un viaje tedioso y aburrido; pero Willo no iba a tratar de empezar una conversación con su padre, pues a su entender era él quien debería de tratar de ganárselo primero. Así que continuó mirando el paisaje y prosiguió en silencio.

Al fin pasado una hora llegaron a su destino. Aparentemente su padre estaba viviendo en lo que una vez le describió ser casa de la abuela. Era una casa acogedora, contaba con tres niveles y un sótano, aunque Willo, después del recorrido que le diera su padre mostrándole la casa, subió al cuarto que estaba en el segundo nivel, sin contar el sótano, y se tiró en lo que aparentemente su padre le había mostrado como su cama. Al tirarse en el colchón, sintió como el ritmo de su corazón latía más rápido de lo normal. Respiró profundo para tratar de tranquilizarse; pues así una vez le había enseñado su madre. Consejo que ella misma no siguió. Al pensar en su madre un hilo de tristeza rozó su mente. No sabía

nunca porque su madre actuaba con tanta rareza. Se le salieron las lágrimas; pues no pudo contenerse más; a pesar que ya tenía catorce años. No entendía porque su mamá después del abandono de su papá era así con él. Él no tenía la culpa de lo que su padre había hecho. El que el físicamente se pareciera tanto a ese hombre, no lo convertían en él.

Capítulo 2

Las condiciones en la que se encontraban los pacientes en el Asilo de Medán eran horrendas. La manera con la que trataban a sus pacientes para tranquilizarlos eran extremas, se podía decir que hasta inhumanas. El trato era frío, duro, parcial. El doctor Medán ignoraba a sus pacientes como si fueran invisibles, a menos que les tocara evaluarlos y las enfermeras que eran las más que interactuaban con los enfermos mentales, eran las que ponían en práctica toda las atrocidades que se les ocurrían al doctor. Los otros hombres, aparte de los doctores o químicos, eran enfermeros, que más que eso, parecían guardaespaldas; pues al primer indicio de un paciente salirse de control, lo ataban y lo que les esperaba era monstruoso.

A la señorita Roldán y a la señorita Díaz las llamaron para hacer la práctica en el Asilo Mental de Medán; que era un manicomio público, para gente de bajos recursos. Las dos habían estudiado juntas en el colegio de la ciudad, ambas recientemente se habían graduado y estaban muy contentas de haber podido entrar juntas a trabajar a ese asilo. Ellas escogieron ese asilo por valores morales, pues querían proporcionar la mejor ayuda a la gente con problemas mentales y bajos recursos de la ciudad. Así que cuando le dieron el contrato de un año para firmar, ambas firmaron felizmente sin saber en ese momento que lo que firmaban era un pacto con el mal. El contrato se firmó en una oficina, muy bien decorada, en las afueras del hospital, cerca del ala norte del mismo. El recorrido que les dieron a las chicas antes de que firmaran el contrato fue muy superficial, pues solo recorrieron el área norte y era en el ala sur y oeste del lugar donde se veía como en realidad eran las cosas. Esas dos alas estaban restringidas para muchos del personal; pues era para casos críticos y especiales.

A la semana siguiente ambas empezaron el entrenamiento, aunque a Díaz le tocó durante el día y a Roldán durante la noche. Ellas solo se topaban esporádicamente durante cuatro horas, pues una tenía el horario de nueve de la mañana a nueve de la noche y la otra de cinco de la tarde a cinco de la mañana. Ambas comenzaron en el área norte y llenas de paciencia atendían con toda su dedicación a sus pacientes. A la muchacha que le tocó el turno de por las noches le tomó menos tiempo en descubrir la realidad de lo que pasaba en ese lugar. Después de un mes de trabajar en el manicomio, caminó al ala oeste y tubo un choque con la cruel realidad. Unos enfermeros ataban a una mujer con una camisa de fuerza y a patadas la llevaban por todo el pasillo. Roldán intervino, pero solo logró con esto que uno de los enfermeros la sacara casi a rastras de esa área del hospital. Cuando quiso reunirse con Medán para dar quejas del abuso del enfermero hacia uno de los pacientes, se topó con un hombre frío que la amonestó por pasar hacia un área que ella no estaba

autorizada a ir.

- ¡Pero la llevaban a patadas! - se quejó.

- Comprendo que los enfermeros se excedieron un poco en el trato que le proporcionaron a la paciente; pero... ¿qué rayos hacía usted en el ala oeste del asilo?

- ¿Un poco? - se sobresaltó.

- Bueno, no vi lo que pasó. Pero a juzgar por su comportamiento, tuvo que haber aprovechado el descuido de uno de los del personal para entrar al lugar y la manera con la que observo sigue las reglas y opera usted, me atrevería a pensar que puede estar exagerando.

- ¿Exagerando? Por algo tenemos muchos la entrada prohibida a esa zona.

- ¿Me acusa ahora usted a mí de complicidad?

- Lo que está pasando en esa área no es correcto. Por algo nos hacen firmar en una de las partes del contrato que no se puede hablar de nada de lo que pasa en éste lugar; pensé que era por la seguridad de los pacientes, ya veo que es por su seguridad.

- Señorita Roldán le voy a pedir que mida un poco más sus palabras. El hecho que tenga un contrato con nosotros no quiere decir que no la puedo despedir. Recuerde que solo está haciendo su práctica y que una carta mía le puede arruinar su carrera y todos sus años de estudio.

- ¿Me está usted por casualidad amenazando?

- No; solo le estoy advirtiéndole. Usted está recién graduada y en realidad no ha visto cómo se puede salir de control un paciente. El área oeste y el área sur son restringidas porque solo personal con mucha experiencia puede operar allí. La paga es mejor, pero el día puede convertirse a veces en un mismo infierno. Le aconsejo que no se dirija a mí hablándome de temas que usted desconoce. Su ignorancia e ineptitud pueden terminar arruinando su carrera. Yo hablaré con el personal de esa zona, pero también le voy a pedir a usted que deje de estar aventurándose por las áreas restringidas del asilo.

- Al parecer lo único que a usted le preocupa es que yo haya cruzado la zona.

- No, señorita Roldán. Eso es lo único por lo que me toca amonestarla a usted. Los enfermeros del área oeste y yo tenemos otras cosas que discutir que no son de su incumbencia y aunque le agradezco que me haya dejado saber de lo que sucedió en el ala oeste, no la libro de su mal juicio al entrar ahí; pudo usted misma haber salido lastimada.

- Disculpe mi alteración.

- Solo le pido que deje de colarse por donde no le toca ir a trabajar y demás está decir que ni una palabra a nadie de lo ocurrido.

- Descuide. - y salió más que satisfecha, confusa y con un grado de

culpabilidad que la hacían sentir, más que como defensora de aquella mujer, como cómplice del enfermero.

Capítulo 3

Abrió los ojos. Se había quedado dormido boca abajo con las manos en los ojos, esto provocó que le dolieran al tratar de acomodarse mejor en la cama. Se puso boca arriba. No llevaba reloj, más bien seguía con la misma ropa con la que salió de su otro cuarto la tarde anterior, tampoco colgaba uno de la pared y no había ninguno en la mesa de noche; así que quiso pensar que debía ser de madrugada; pues el sol aún no se ponía. Iba a bajar pues tenía un poco de hambre, pero escuchó pasos y desistió. Al incorporarse en la cama escuchó la voz de una mujer hablando con su padre.

- ¿Crees que esté bien? - preguntó la voz de mujer.

- Sí; él es un muchacho tranquilo.

- ¿Qué le pasó?

- Su madre no pudo bregar con el caso, sufría demasiado, aquí estará mejor. Encontrará más tranquilidad, cosa que en donde estaba no le era posible. Es un...

Escuchó las voces alejarse. No pudo distinguir más lo que decían. "¿Quién será esa mujer?" Pensó. "¿Será por ella que mi papá habrá dejado a mi mamá?" Se viró en la cama de costado mirando hacia la pared que le quedaba en frente. "Así mismo me siento." "Entre medio de una pared y un abismo." "Lo único que el abismo lo tengo de frente." Con este último pensamiento se quedó dormido otra vez.

Lo levantó la claridad del día; un olor a madera vieja inundaba el cuarto. El estómago le exigió comida y la boca se le humedeció. Ahí recordó no haber comido la noche anterior. Al mirar la mesa de noche vio que esta tenía una gaveta, era una mesita antigua, así tanto parecida como la casa. La curiosidad le picó las manos y quiso abrirla. Al abrir la gaveta, ésta pudo haber estado completamente vacía si no hubiese sido por un sobre que decía su nombre. "Willo." Leyó. La curiosidad volvía a hacer posesión de sus manos y sintió como el picor, ésta vez, era aún más fuerte que la vez anterior. El sobre estaba magullado y parecía haberse mojado por que la tinta azul con la cual estaba escrito su nombre al igual que el contenido, estaban borrosas, como cuando se mira un paisaje bajo un cristal mojado. Al abrirla comenzó a leer;

Willo;

Sé que el que estés lejos dolerá. Aún más de cuando partió tu padre. La distancia hay veces que nos enseña a olvidar, aunque otras veces nos hace llegar al mundo de los que ven más allá. El mundo de los que ven más allá se llama Demencia y en éste podemos ver, oír y sentir cosas que gente normal no puede. No sé si es un don o un castigo; solo sé

que a los que a unos hace feliz a otros los hace infelices. No es bueno entrar a ese mundo, pues te puede causar la muerte. El que entra a Demencia es porque está loco y son muy pocos a mi entender que salen con vida de allí. A lo mejor pensarás que estoy loca o a tal vez no comprendas nada de lo que te escribo. Yo sé que no es una opción el irse o el quedarse; pues también sé que es el juicio el que decide. No sé si he perdido yo la razón al hacer esto; solo sé que Demencia no es el lugar para ti.

Te ama;

Mamá

Era una carta escrita con poca coherencia. "¿Su madre estaba loca? ¿Será por eso que se deshizo de él?" De repente sintió un gran pesar. La juzgó muy severamente al partir de allí. Quiso llorar pero se contuvo. Era hora de demostrar sus catorce años de edad. No se resolvía nada con llorar. Ya vio a donde eso condujo a su madre. A su corta edad Willo estaba seguro de algo; ya era el momento de romper el silencio con su papá.

Al bajar los escalones, un olor a pan recién horneado lo hizo salivarse. Se asomó con timidez a la cocina; como un ratón cuando va en busca de queso. Una señora regordeta estaba dándole la espalda sacando el pan del horno. Al virarse para poner el pan en la mesa lo vio.

- No te quedes ahí parado muchacho; ven anda para la mesa. Willo, indeciso de acercarse a la mesa titubeó; pero el olor a pan le dio un empujoncito en la espalda y decidió acercarse.
 - Anda muchacho come, sé que debes de estar hambriento. Anoche pensé en llamarte a comer pero preferí dejarte quieto. Sé que debe de ser difícil para ti este cambio. Pero ya te acostumbrarás. Nadie puede poner resistencia a mi cocina.
 - Hola; me llamo Willo
 - Si muchacho ya sé quién eres. No te preocupes aquí estamos en familia. Yo soy Luna.
 - ¿Y?...
 - Ya viene por ahí - lo interrumpió.
- La señora Luna no se callaba. Le hizo gracia el nombre de ella. A la verdad que eso mismo parecía; una luna; pues era redonda, redonda y blanca, blanca, blanca, como las lunas llenas. Como la señora seguía hablando sin callarse, mostrando todo el desayuno que tenía en la boca al hablar; Willo se dispuso a comer, que bastante hambre tenía y asentía de vez en cuando con la cabeza de modo educado, para que la señora Luna pensara que le estaba prestando atención a lo que ella decía. De repente, algo de lo que la señora Luna cacareaba como una gallina, le llamó la atención;
- Tu madre ya no encontraba que hacer, estaba desesperada...
 - ¿Mi madre? - la interrumpió.

- Sí; pero tranquilo; ahora ella al saber que estás con nosotros estará más tranquila.

De repente se asomó su papá a la cocina.

¡Pero mira quien se decidió acompañarnos! - dijo el hombre.

- El muchacho anda preocupado por su mamá. - dijo Luna mirando a su padre, queriéndole hablar con la vista.

- Es muy normal. - dijo, y luego repuso - Ella vendrá de vez en cuando a visitarte; cuando le sea posible.

- ¿Qué es Demencia? - preguntó Willo.

La señora Luna y su padre rápidamente intercambiaron miradas.

- ¿Por qué preguntas, muchacho? - respondió su papá.

- Ella me escribió una carta...

- ¡Ah sí, la carta! - dijo como si de repente se acordara de algo. - Esa carta no tiene ningún sentido. A lo mejor tu madre pensó que entenderías mejor escribiéndote eso pero...

¿Ella está loca? - su padre y la señora Luna volvieron a intercambiar miradas.

- ¿Por qué piensas eso? - preguntó su padre.

- Por la carta. Además ella actuaba últimamente muy extraño; bueno, más extraño que lo usual. Sufrió mucho por... - dijo sin poder terminar la frase.

- Por tu papá - interrumpió la señora Luna que ya hacía al parecer demasiado tiempo que permanecía callada. Willo miró a su padre; su papá bajó la vista haciendo un gesto de negación con la cabeza.

- ¿Qué es Demencia? - insistió el muchacho.

El mundo de los que ven más allá; como bien dijo tu mamá muchacho - concluyó Luna.

Willo terminó su desayuno mirando hacia la ventana que daba al patio desde el comedor instalado en la cocina del hogar. La ventana quedaba a su lado derecho; así que masticaba y miraba por la ventana mientras meditaba en lo que su madre escribió en la carta. No se habló del tema; así que Willo tampoco insistió más. La señora Luna seguía cacareando temas sin importancia, como las recetas de sus deliciosas comidas y lo mucho que le gustaba cocinar. No hacía sentido darle crédito a su buena comida; ella lo hacía sola.

- ¿Quieres salir al patio? - preguntó Luna interrumpiendo sus pensamientos. Willo asintió y ambos salieron a la parte trasera de la casa.

- Disfruta de la naturaleza. - dijo alargando sus gruesos brazos mostrando el extenso patio que se componía de un amplio plano color verde rodeado de árboles, detrás de los árboles se podía apreciar un lago que aunque era más verde que cristalino le daba al lugar un hermoso aspecto. Los árboles, ni el lago, parecían pertenecer a la propiedad; pero aun así complementaban bien el paisaje. - Yo voy a lavar los trastos.

Después te hago compañía. - dijo Luna alejándose y entrando de nuevo por la puerta trasera a la cocina.

Capítulo 4

Después de la conversación sostenida con el doctor Medán, Roldán, no trabajaba totalmente a gusto en el sanatorio. Entre más atención prestaba a los pequeños detalles, notaba que habían muchas más fallas de las que ella pensaba; aunque esto no incluyera entrar a patadas a un paciente; al menos no en aquella ala del hospital. Ella intentaba de hacer su parte y trataba de atender a sus pacientes de la mejor manera posible, pero sabía que había muchas cosas que estaban fuera de su alcance el poder arreglar o al menos eso optó hacer por cobarde. Siempre se preguntaba por el destino de aquella mujer que a puntapiés llevaron por todo el pasillo; aunque ya hacía un mes que eso había ocurrido. A veces le daba curiosidad y pensaba tratar de infiltrarse de nuevo a la zona; pero la seguridad en esas alas aumentó y tendría que tomar más riesgos de querer hacerlo. Otra vez por miedosa desistía.

Roldán tenía, se podía decir, tres pacientes favoritos; un señor cincuentón que era muy cómico a pesar de su condición, una señora que acababa de llegar al psiquiátrico y un muchacho que recién cumplió la mayoría de edad y llegó al asilo al mismo tiempo que ella. Díaz compartía su favoritismo por el señor mayor; aunque la señora y el joven eran solo para ella, dos pacientes más. Para Díaz, la señora tenía un estado de ánimo muy cambiante y el joven era muy callado para su gusto; pero el hombre mayor tenía para el agrado de ella una personalidad muy humorística y eso le aligeraba las largas horas en el trabajo. Roldán nunca le había comentado a Díaz del incidente en el ala oeste; pero en ésta ocasión al toparse con ella quiso ver cuál era la opinión que tenía su amiga con respecto al hospital.

- ¿Y cómo te gusta aquí? - comentó Roldán para tantear a su amiga.
- Excelente, me encanta mi trabajo ¿y a ti?
- Me va bien. - mintió.
- No lo dices muy convencida.
- Yo pienso que debe ser el horario.
- Sí; debe de ser muy agotador el estar trasnochándose. Cada tres meses se cambia de turno; así que te quedan cuatro semanas más y listo. Luego me tocará a mí. Lo bueno es que uno cambia los turnos cada tres meses; así no se extenúa uno tanto. Este sistema que tiene Medán creo que es muy eficaz.
- Sí. ¿Y cómo te llevas con el personal? ¿Qué piensas de Medán?
- Es un hombre muy ocupado. Casi no interactúo con él. El pobre anda siempre de arriba para abajo. Él es un hombre muy serio y pudiera parecer hasta un poco frío; pero tiene demasiada responsabilidad a sus espaldas, habría que estar en su situación para poder entender. En lo que respecta al personal; algunos son más tolerantes que otros, pero eso también es de entender, todos no tienen la misma entereza para bregar con pacientes. ¿Cómo es el personal de por las noches?

- Puede ser que sean menos tolerantes con los pacientes que los empleados de por las mañanas.
- ¿A qué te refieres?
- ¿Recuerdas cuando estábamos estudiando el Manual de Diagnósticos y Estadístico de los Trastornos Mentales en la universidad y nos dejaron saber que ninguno de los 374 diagnósticos que se hallaban allí estaban respaldados científicamente?
- Recuerdo.
- A veces me pregunto si escogí la profesión correcta.
- Amiga, me estas asustando. ¿Qué me quieres decir?
- ¿Qué clase de médicos somos cuando no hay exámenes de orina, de sangre o biopsia que respalde nuestros diagnósticos? ¿Somos doctores o jueces? Ni siquiera pudiéramos ser jueces con todas las de la ley, porque no estamos basando con evidencia nuestra sentencia. Solo estamos dictando una evaluación bajo nuestros propios prejuicios.
- Pensé que al igual que yo estabas aquí para ayudar a los enfermos mentales de bajos recursos. Estuvimos años dedicadas a éste objetivo y nuestros sueños fueron los mismos hasta entonces. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión en menos de tres meses? ¿El trasnocharte?
- ¿En realidad estamos ayudando a los pacientes, si es que en realidad son enfermos o estamos evaluando al azar para enriquecer más a las compañías farmacéuticas y si nos podemos llamar así, a los doctores? Muchos de los que se reunieron a escribir el DSM tienen conflicto de intereses; pues sus fondos e inversiones están apoyadas por empresas de medicinas que dicen tienen la cura para la supuesta enfermedad. Ese Manual de Diagnósticos y Estadístico de los Trastornos Mentales es un invento que no se basa en ninguna prueba y solo enriquece a todos los relacionados; universidades, médicos, compañías de medicinas, a todos, menos a sus pacientes; pues no hay cura, para lo que no es una enfermedad. Sí; dos meses en éste lugar me ha abierto los ojos y me ha hecho recapacitar con respecto a mi profesión. En este asilo hay que ayudar a los pacientes amiga, pero no es a recuperarse mentalmente. En este psiquiátrico hay que recuperarnos mentalmente nosotros y hay que ayudar a los pacientes, pero es a largarse de aquí.
- Amiga, pienso que estas un poco cansada y tensa; lo que necesitas es un café.
- ¡Ah qué bien! Otro diagnóstico para el manual del DSM; tratamiento, la cafeína. - dijo Roldán sarcásticamente, marchándose y sin insistir más en el tema.

Capítulo 5

El joven contemplaba los alrededores sintiendo como la brisa ruborizaba sus mejillas. Las hojas de los árboles a lo lejos hacían una danza al compás del viento. Sus tonos rojos, amarillos y anaranjados daban al escenario un toque de esplendor, como cuando un orgulloso fuego se eleva debatiéndose sin dejarse cesar. El lago, que era de un tono verde, en realidad más negro que verde, también jugaba con el viento dejando que éste lo sedujera respondiendo con un coqueto oleaje. Todo parecía un paisaje de esos que se encuentran en las revistas, o pintan en los cuadros, o montan en los rompecabezas. Se veía todo tan perfecto que podía quedarse ahí todo el día si quisiera y dudaba que en algún momento se cansara de contemplar el lugar. Sus pensamientos de nuevo fueron interrumpidos por la señora Luna, la cual llegó con una bandeja color plateada conteniendo un succulento almuerzo.

Ambos se sentaron uno al lado del otro en unos escalones que daban del cobertizo al patio a digerir los alimentos. La señora Luna comenzó su cacareo mostrando esta vez el almuerzo como al parecer tenía por costumbre. El muchacho asentía de vez en cuando solo para hacerla sentir escuchada. De repente ella entre comida en la boca y la que le caía de vez en cuando de nuevo al plato; decía algo que a él le interesó.

- ¿Sabes? Las cosas tienen una historia y a veces las personas interpretan otras. De esta forma se les da más de un relato a cada cosa. ¿Entiendes lo que quiero decir, muchacho? - Willo negó con la cabeza; oportunidad perfecta que Luna aprovechó para explicarse mejor. - Por ejemplo; algunos dicen que estoy obesa por comer mucho. Al parecer porque me guste cocinar la gente cree que me encanta comer también. Por el contrario si le preguntaran a mi doctor él les aseguraría que tengo un problema de tiroides. ¿Entiendes ahora lo que digo? - preguntó sin dar tiempo al muchacho a que contestara. - Así que aquí vez la misma rechoncha con dos historias diferentes. - concluyó guiñándole un ojo. - ¿Así como el estar loco para mi madre es el ver más allá o el mundo de los que ven más allá como ella lo llama? - se atrevió a preguntar. - Esa es la manera más sutil con la que he escuchado que alguien describe la demencia. Aunque lo que para todos no es real; para esa persona si lo es. Veo que estas comprendiendo a lo que voy; es cosa de lo que se quiera creer o no. Aparentemente unos son más felices en ese mundo; aunque pocos los puedan comprender. A veces la gente sufre tanto que la mejor manera de escapar ante tanto sufrimiento es enloqueciendo; viendo una realidad artificial para no enfrentar la cruel verdad. Mientras los dementes se enredan en esa fantasía tratando de no sufrir más, hacen inconscientemente sufrir a las personas que están a su alrededor. Algunos se ponen peligrosos; otros solo disfrutan de su ilusión. Ven cosas que solo otro loco pudiera ver; sienten cosas que solo ellos pueden describir sin

que muchos los puedan entender. Son personas que crean su propio mundo; un mundo...

- De los que pueden ver más allá. - interrumpió el muchacho terminando la frase. Luna colocó su pesada mano derecha en el hombro izquierdo del muchacho poniéndose de pies.

- ¿Ya comprendes mejor lo que tu madre quiso decir en esa carta muchacho? - Willo asintió. - Me alegro; porque no tengo tiempo para seguirte explicando, ya me tengo que ir a preparar la cena. - soltó una risotada que esta vez sí parecía el auténtico cacarear de una gallina. - ¿Ves? Por eso me veo tan gorda. - concluyó.

Cenó en el mismo lugar donde había almorzado; aunque en ésta ocasión la señora Luna no lo acompañó. Al menos le agradecía la conversación anterior, gracias a eso tenía una idea más clara de lo que estaba ocurriendo con su mamá. Su padre obviamente no podía hablar con él de estas cosas, aparentemente su remordimiento de consciencia no lo dejaba. Tenía que esperar a que su madre lo visitara para pedirle disculpas. Ojalá no pasara mucho tiempo en poderla ver otra vez. De repente se entristeció al recordar que ella había escrito que algunos no salían con vida de allí. Al recordar como la ignoró cuando le preguntó si no se iba a despedir de ella, se le salió una lágrima. Se la secó bruscamente con un hilo de coraje al saber que así no resolvería nada. Aún en su demencia su madre quiso protegerlo; aunque fuera de ella misma. Miró la madera mugrienta de los escalones y sonrió. Fue una buena madre; aun estando loca lo es. Lo es mucho más de lo que fue su padre; aunque eso ahora ya no importara.

Arrastrando sus pies llevó la bandeja a la cocina, le dio las buenas noches a Luna, luego con cierta obligación también a su papá y fue a darse un baño. El agua fría le caía como una cascada por todo su cabello y esto lo reconfortó. Luego subió a su cuarto. Abrió la gaveta de la antigua mesita de noche y volvió a coger la carta de letras nubladas. Su madre probablemente estaba llorando cuando la escribió, por eso probablemente lucían borrosas. Se tiró en la cama, leyó la carta una y otra vez, para tratar de entender cada una de sus incoherentes palabras. En esta ocasión al leerla, si lloró, al fin y al cabo tenía dos historias, la del niño que había perdido a su madre y la del joven que se proponía tratar de salvarla. Ahora solo se sentía como un crío, así que se permitió llorar hasta quedarse dormido.

Capítulo 6

Díaz se quedó pensando en lo que había dicho su amiga. Aparentemente el trabajar por las noches la tenía tan extenuada que andaba malhumorada e incongruente. Su amiga; como toda una profesional que era, defendía su punto con datos auténticos, pero no estaba siendo sagaz. Si Roldán quería conservar su trabajo tenía que ser más ecuánime y no dejarse llevar por la pasión del momento. Ambas habían estudiado demasiado para tirar todo por la borda. Ella misma al principio quedó impactada por la forma fría con la que se expresaba Medán; pero de cierta manera entendía también su punto. Algún tipo de compasión tenía que haber sentido él cuando se dispuso a abrir una clínica para personas mentalmente incapacitadas y de bajos recursos. Ella por el contrario lo admiraba y soñaba de alguna manera llegar a lograr lo que él había hecho.

Su amiga y ella se topaban ocasionalmente por los pasillos, se saludaban de tener algún contacto visual, pero no intercalaban palabra alguna desde aquella desigualdad. Ya estaba a dos semanas de cambiar de horario y aunque ella empezara pronto a trasnocharse; a lo mejor el descanso ayudara a su amiga a reflexionar acerca de lo que una vez la trajo a ese lugar. El cansancio puede hacer que las personas terminen desviándose de sus metas y ella no quería que su amiga lamentara en el futuro el fruto de su agotamiento. Ella sabía que había que ser fuerte y aunque Roldán la reconfortó muchas veces hasta finalizar sus estudios; ahora era ella quien necesitaba de su ayuda. No hallaba a su amiga por ninguna parte; así que fue a la cafetería a ver si se encontraba allí. Roldán estaba sentada en una de las mesas del cafetín, pero su aspecto era terrible. Estaba mirando hacia la nada con sus ojos verdes muy abiertos y la taza de café que tenía en las manos temblaba derramando su contenido. Se estaba quemando las manos y ella parecía no sentirlo. Sabía que el contenido estaba caliente, pues una nube de humo danzaba en la parte superior del tazón y las manos blancas de su amiga estaban rojizas a causa del derramamiento. Díaz se apresuró a quitarle la taza; su amiga balbuceó palabras que ella no pudo entender.

- Amiga, ¿Qué pasa contigo? - preguntó Díaz preocupada.
- Ve...Ve...ga. - respondió su amiga articuladamente.
- ¿Vega? - cuestionó su amiga refiriéndose al paciente cincuentón que le encantaba hacer chistes. Su amiga afirmó con un gesto de cabeza, pero siguió embelesada mirando hacia la nada. Díaz se desesperó y hamaqueó a su amiga levemente por los hombros para que ésta reaccionara. Su amiga la miró ésta vez y comenzó a llorar. - ¿Qué pasó con Vega? - interrogó Díaz.
- A Vega lo trasladaron al ala oeste ésta madrugada. - dijo sin poder contener el llanto.
- ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Se descontroló?

- No.
- ¿Y por qué lo removieron?
- Se puso a hacer chistes sobre Medán.
- ¿Chistes sobre Medán? - a Díaz no le hacía sentido lo que decía su amiga.
- Sí. Le decían que se callara pero continuó haciendo sus bromas, tú sabes cómo es él. Una de las enfermeras llamó a uno de los enfermeros del ala oeste y él se lo llevó.
- ¿Pero cómo pudo haber pasado eso sin tu autorización o la de Medán?
- Fue con la autorización de Medán.
- Pero si él ni estaba.- dijo Díaz incrédula al saber que su jefe tenía los domingos libres.
- La enfermera me dijo que lo llamó. Cuando le reclamé que lo dejaran quieto, ellos respondieron que me quejara con Medán; pues él había autorizado su traslado.
- ¿Y hablaste con Medán hoy?
- Sí.
- ¿Y qué te dijo?
- Básicamente que él enviaba a los pacientes a donde él le saliera en gana.
- Aquí tiene que haber un error por alguna parte.
- Sí amiga; ésta clínica no es lo que aparenta ser.

Díaz solo le dio una mirada de desaprobación a su amiga y no respondió. Su amiga no estaba formada para trabajar en ese lugar. De ella no ser su amiga y conocerla por tantos años, la habría confundido con uno de sus pacientes al entrar a la cafetería. Era obvio que su amiga estaba más que extenuada, inquieta, se atrevería a decir que hasta un poco más que nerviosa. Sin hablar nada salió del cafetín y se encaminó a la oficina de su jefe.

Al llegar a la oficina, Medán no se encontraba allí. Dio media vuelta para preguntarle a una de las enfermeras si sabía dónde él estaba pero al tratar de dar con la enfermera se lo encontró de frente.

- Doctor Medán, ¿me permitiría intercambiar algunas palabras con usted?
- ¿Sobre? - preguntó en su acostumbrado tono glacial.
- El señor Vega.
- No tengo tiempo ahora.
- ¿Y cuándo sería un mejor momento?
- Mañana a las diez de la mañana en mi oficina. - dijo virando a la izquierda y dirigiéndose al ala oeste del hospital.

Capítulo 7

Los días hicieron semanas y las semanas se convirtieron en meses y su madre no lo visitaba. Trató de preguntar si le era posible ir a verla, pero su padre le dijo que era imposible, que ella cuando pudiera vendría. Luego al ver que seguían pasando las semanas y ella no aparecía supo que debía de utilizar otros métodos. Pasaba los días en los mugrientos escalones del cobertizo. La señora Luna a veces le hacía compañía, aunque en otras ocasiones estaba muy ocupada con las faenas del hogar. Su padre por el contrario lo veía de a ratos, pues salía mucho, suponía él que a trabajar. Tenía varias preguntas, sabía que Luna podía ayudarlo con muchas respuestas, pues la parlanchina señora no podía dejar de hablar ni aunque quisiera.

Esta vez en el almuerzo se volvió a sentar con él, oportunidad que el aprovechó para empezar con su listado de preguntas. Tenía que ser discreto para que ella no se diera cuenta que él estaba tratando de interrogarla, pero trataría de sacar las respuestas necesarias. Ella como de costumbre empezó a hablar de temas al azar, pero en esta ocasión el abordó más entre los temas para no desanimarla de hablar. En lo poco que prestó atención él, entendió que Luna hablaba algo de la historia del lago que se veía a lo lejos. Contaba que lo que muchos conocían como el Lago Negro de Muriel, era para otros un hoyo sin fondo y juraban que estaba maldito o encantado. Tema que Willo aprovechó para poner el tema de las cosas y sus varias historias de nuevo.

- Dicen que escuchan gritos. - repuso ella haciendo caso omiso al comentario del muchacho. - Yo llevo casi tres años aquí y nunca he escuchado nada.

- A lo mejor son personas demente quienes los han escuchado. ¿Cómo puede saber un loco que lo está, si lo que él ve, o en este caso oye, es lo que él va a creer? - primera pregunta; pensó.

Luna lo miró con curiosidad. Acomodándose mejor en el escalón continuó hablando;

- ¡Tremenda pregunta! Tienen que dudarse, tratar de pensar con lógica, por ejemplo; si el año que viene yo no estoy más gorda, flaca o más vieja soy producto de tu imaginación. No quiero decir que yo sea producto de tu imaginación, yo soy tan real como tú, esto es solo un ejemplo. Otro ejemplo más real; Si los árboles que observas allá a lo lejos - dijo alargando su brazo hacia el frente - no se le caen las hojas en el invierno, no son reales. ¿Entiendes? - Willo asintió.

- ¿Una persona puede salir de Demencia? - se arrepintió de utilizar el delirio de la locura como un lugar de estadía, como había hecho su madre

en la carta. Segunda pregunta; pensó. Aparentemente Luna no le prestó atención al hecho y solo continuó hablando.

- He conocido personas trastornadas que tienen periodos de lucidez, pero no creo que salgan totalmente de ese estado. Entran bajo un periodo de depresión y luego aunque salen de vez en cuando, vuelven a caer en ese estado de nuevo muy fácilmente.

"Dos, tres, ya sé cómo se entra, ya sé que se sale." Pensó el muchacho.

- ¿Y que ven? ¿Acaso pueden ver personas que físicamente no se encuentren ahí? - "cuatro, cinco."

- Si, pueden ver lo que se les quiera venir a la mente de ver. Pueden escuchar y hasta sentir cosas. Ahora, ¿porque de repente te interesa tanto éste tema muchacho? ¿Sigues dándole mente a la carta que escribió tu mamá?

- Es lo único que me queda de ella. Solo trato de entenderla un poco, eso es todo. Estos temas no los puedo hablar con mi papá. - se sinceró; aunque le estuvo curiosa la mirada de extrañeza que le dio Luna. Ella solo agarró las dos manos del joven entre las suyas, miró esta vez ella los escalones mugrientos con un gesto de negación en su cabeza y dijo;

- Lo entiendo muchacho. - se levantó ajorada y repuso - ¿Mira la hora que es? Se me ha hecho tarde para la cena. - y corrió hacia la cocina.

Ahora que había encontrado una respuesta a sus preguntas tenía una idea más clara de lo que se proponía hacer. Quería encontrar la manera de entrar a Demencia. Esa era la única forma de él encontrarse con su madre y poder tratar sacarla de allí. Según la señora Luna, había que estar lo bastante triste para volverse demente. Él había estado triste cuando se fue su papá y ahora estaba triste al estar lejos de su mamá y aún más al saber lo que le estaba ocurriendo; pero no sabía a cuál tipo de tristeza se refería ella. ¿Qué aflicción podía ser tan grave, que llevara a una persona hasta allí? Ahora; ella también había mencionado que era una escapatoria a los hechos; hacer un mundo propio de felicidad albergado en esa tristeza. Bajó la cabeza ésta vez sin prestarle atención a los mugrientos escalones. El que él aceptara la realidad era exactamente lo que hacía alejarlo de allí. "¿Cómo podía alejarse de la realidad si sabía exactamente lo que estaba pasando?" Aparentemente esa alternativa era mucho más difícil que el pretender que su madre saliera por cuenta propia de Demencia. Se rascó la cabeza, alzó la mirada y se concentró mejor en el paisaje. Al poco rato llegaron con la cena. Esta vez quien se sentó a su lado izquierdo fue su papá.

Los dos comieron en silencio. Las aves con sus berrinches, el retumbar de las hojas al golpearlas el viento, los tenedores chillando en

los platos, y el chasquido de las bocas al saborear la comida, eran el único sonido aparente. El joven agradeció al menos no tener que ver la comida jugueteando mascada por la boca de Luna. Ella aparentemente tenía cosas que hacer dentro de la casa, se había distraído demasiado y perdido mucho de su valioso tiempo durante el almuerzo. Aun así, le había quedado la comida exquisita como era de costumbre. Aun así, prefería mejor su compañía que la de su papá. La presencia de su padre siempre lo ponía tenso; aunque tratara de no aparentarlo frente a él.

- ¿Por qué dices que no puedes hablar con tu padre? - rompió el silencio su progenitor.
- Perdón; no fue mi intención decir eso. Es que...es que...
- Tranquilo, dime lo que piensas, yo trataré de entenderte.
- Yo me imagino que como estuve tanto tiempo solo con mamá; se me hace más fácil el hablar con Luna. Además, a las mujeres se les da mejor eso de hablar más... - mintió y su padre lo interrumpió echándose una carcajada ante el comentario.
- Entiendo lo que quieres decir - dijo riendo y señalando con sus ojos la cocina. - ¿Me sientes como padre? - dijo esta vez más serio. El muchacho sincerándose hizo un gesto de negación con la cabeza. - Eso está bien - dijo su papá.
- ¿Por qué la gente enloquece? - preguntó el muchacho. Su padre haciendo un gesto de curiosidad le contestó:
- Se deprimen tanto que llegan a eso. Son desequilibrios químicos en el cerebro. Puede ser hasta hereditario. ¿Por qué preguntas?
- Para entrar y salir cuantas veces quiera - dijo Willo dejando el plato en sus muslos y alargando sus brazos; como cuando se abren al dar un abrazo. En eso llegó Luna y le dijo a su padre que necesitaba ayuda con algo. Su papá se puso de pies y solo añadió;
- Procura mantenerte fuera - tomó los dos platos ya vacíos y se marchó.

Tal vez él no sabía cómo manejar los químicos en su cerebro; tampoco sabía si lo había heredado de su mamá, pero si lo que tenía que hacer era deprimirse para poder llegar al lugar, ya había encontrado la forma de comprar su boleto a Demencia.

Capítulo 8

El Asilo Mental de Medán tenía una configuración arquitectónica románica; con una planta característica del medievo europeo que se componía de un brazo mayor y otro menor cruzándolo, formando así una cruz latina. Cada una de sus cuatro partes estaba nombrada según la brújula, en el ala norte era donde quedaban las oficinas de los psiquiatras y las habitaciones de los casos menos complejos. Los asuntos menos complicados eran pacientes que llegaban allí por cierta cantidad de semanas, sin pasar de los seis meses. El área éste trataba casos un poco más complicados que los del ala norte, pero sus pacientes eran igual de tranquilos; aunque su estadía podía que se extendiera hasta un máximo de dos años. Los doctores en entrenamiento trabajaban en el norte y los pocos que tenían la suerte de quedarse permanentemente en el hospital; eran altamente evaluados para determinar si podían ser calificados a trabajar en el ala éste. Dependiendo del área donde se trabajaba era el ingreso, siendo el norte donde menos se ganaba y el área sur los mejores asalariados.

El ala oeste del psiquiátrico era tan grande como la de su lado contrario; aunque el norte era mucho más pequeño que ambos y el ala sur era la de mayor tamaño. Solo dos doctores aparte del fundador del asilo habían logrado entrar a trabajar al ala oeste; pues las calificaciones para poder llegar allí eran muy altas y pocos salían victoriosos. Medán era el único doctor autorizado de entrar a la parte sur del manicomio; porque aunque tanto el oeste como el sur eran áreas altamente restringidas; el sur era casi prohibida. Muchos comentaban que paciente que entraba a esa área, jamás salía de allí. Lo que las personas que murmuraban no sospechaban, era que sus chismorreos no estaban nada lejos de la realidad.

El ala norte era una especie de sala de exposición, pues era la cara linda del cuerpo bárbaro que escondía ese lugar. Allí quedaba el área de visitantes y el jardín; para que las personas que venían a ver a sus parientes compartieran con ellos y los enfermos salieran a asolearse. El trato de las enfermeras no era malo, aunque algunas veces sí perdían la paciencia, notándose la hostilidad en sus voces. Por lo general esa ala no se diferenciaba mucho de lo que pudiera ser un hospital para enfermos de salud. El norte estaba tan bien cuidado, que los nuevos miembros del psiquiátrico al verla y sus visitantes, jamás pensarían los horrores que se escondían en las áreas restringidas del manicomio.

Las puertas que separaban el área éste, del pasillo cuadrado que daba al norte, oeste y al sur del asilo, bloqueaban el paso de las personas no autorizadas bajo un sistema en estilo tarjeta de identificación con una especie de magneto en la parte trasera que permitía el acceso. Una vez adentro, el lugar estaba tan bien mantenido como la sala que quedaba a

su lado derecho, pero el cuidado de sus enfermeros y hasta de sus doctores, difería un poco. La calidad de su trato disminuía y si algún paciente sacaba de quicio a alguno de ellos podían hablarle hostil y hasta zarandearlos. Con todo y eso el paciente que terminaba allí prefería ese lugar al área oeste y si se le hablaba del sur, podían orinarse y hasta defecar. Aunque solo Medán y el poco personal que trabajaba en esas áreas sabían la verdad de lo que pasaba en ese lugar; por alguna razón los enfermos mentales del psiquiátrico intuían las atrocidades que allí se efectuaban.

El occidente del Asilo Mental de Medán era dónde agrupaban los dementes que no eran tan fáciles de mantener bajo control. Esa área se acezaba anteriormente con un tipo de identificación parecida a la del lado oriente, pero recientemente cambió y a pesar que se sigue utilizando la tarjeta, también se tiene que proveer las huellas dactilares del dedo índice. En éste lugar se instalan la mayoría de los casos de bipolaridad tipo I y esquizofrenia paranoide; aunque no necesariamente. El acondicionamiento del lugar no era tan nítido como el de las otras salas y el personal manejaba el descontrol mental de los pacientes con extrema violencia. Los pasillos y cuartos se limpiaban solo tres veces por semana; así que en los fines de semana la suciedad era bastante desagradable. Por ejemplo; ver excreta por los pasillos no era nada inusual en ese lugar, ver a un paciente ingiriéndola o jugando con ella, tampoco. De algún enfermero ver a un paciente comiendo defecación, los castigos por no comportarse podía ser severos; desde partirle la lengua, arrancarle los dientes, golpearlo con algún instrumento en la cara y en el mejor de los casos, lavarle los dientes con cualquier detergente. Esto se practicaba con el demente amarrado en una camisa de fuerza y varios enfermeros haciéndose cómplices de la acción. Los pasillos olían a orina y el abuso sexual en las noches era muy usual. Los enfermeros lo podían usar tanto como castigo, como para su propio placer. Muchos eran víctimas de los abusos sexuales provistos por los enfermeros, menos Ofelia. Ella era una joven de 23 años, víctima únicamente del doctor Medán. No se sabía si eso era una bendición o una maldición para ella; pues el doctor Medán una vez le causó una hemorragia anal al introducirle unas pinzas y perdió uno de sus pezones cuando utilizó otro día la misma herramienta. Los sumergidos en éstas áreas aunque tenían familia; eran muy pocos los que en realidad se dignaban en irlos a ver. A Ofelia ningún allegado iba a visitarla; para su desgracia solo iba a verla el doctor Medán.

La zona sur se cruzaba bajo una seguridad extrema. Para penetrar el área se atravesaba por detectores de metales y guardias de seguridad que nunca habían acezado el lugar, los cuales te registraban los bolsos. Después de pasar por todo eso con la cedula de magneto, las huellas digitales y una contraseña de cuatro números se podían traspasar unas pesadas puertas de acero. Allí se encontraban los locos que habían cometido algún tipo de asesinato o el paciente que no tenía para su desgracia ningún familiar. El trato era cruel, inhumano y había un cuarto

con paredes cubiertas de plástico; que se usaba de carnicería. Los químicos y Medán buscaban avances para la medicina en aquella estancia y producían experimentos tanto con pacientes vivos, como muertos.

Capítulo 9

Willo seguía pasando los días en el cobertizo mirando el paisaje; pero en esta ocasión todos sus pensamientos estaban concentrados en eventos tristes. Quería deprimirse lo más que podía para poder entrar a Demencia. A veces conseguía que se le salieran las lágrimas, pero por más que trataba de achicoparse era muy difícil conseguirlo; pues Luna de vez en cuando, tenía una historia que otra que contar. Eso obviamente lo distraía y lo sacaba de concentración; pues terminaba muchas veces involucrándose en la conversación para no ser grosero. También se le hacía difícil lograrlo con el bello escenario que tenía en frente; un paisaje así era el sueño de cualquier fotógrafo y él, aunque no era uno, sabía apreciar la belleza que proporcionaba la naturaleza. La otra alternativa que tenía era quedarse encerrado en su cuarto, pero aunque a veces trataba de animarse a seguir allí adentro, terminaba saliendo de esas tediosas cuatro paredes color hueso.

Esa mañana después del desayuno se animó acercarse más al misterioso lago. Estaba harto de darle tanta mente a la tristeza. Al asomarse, vio como sus aguas verdes eran tan oscuras que entendía por qué la gente había fabricado historias tenebrosas acerca de aquellas aguas. Su aspecto era como una boca sin dientes, abierta, sin lengua, ni ansias, que lo único que se podía divisar era la oscuridad del hueco. No se veían piedras, era un hocico lleno de líquido entre negro y verdoso, que no daba señal de tener fondo. Cuando lo apreciaba todos los días desde lejos, formaba conjunto a los árboles un hermoso panorama; ahora de más cerca, era un poco intimidante. De repente sintió un poco de miedo y aunque no escuchaba los gritos que Luna contaba en su historia, dio un brinco cuando alguien lo llamó.

- Muchacho, muchacho ¿Eres sordo o qué te pasa? - preguntó un viejo encorvado, con el aspecto de un espantapájaros, moreno, muy arrugado, de pelo blanco como la nieve cuando acaba de caer, llevaba puesto unos pantalones que le llegaban más abajo de la rodilla y medios deshilados, tenía una camisa curtida que por asomo parecía haber sido en algún momento de color blanca, su brazo izquierdo era como un ala sin plumas de lo encorvada que estaba y en la mano derecha, llevaba una caña de pescar que utilizaba como bastón. El anciano caminaba hacia él y Willo no sabía si gritar, contestar o salir corriendo. Al verle la cara al viejo quiso gritar; pues éste tenía el ojo siniestro de un color amarillo verdoso y el otro era una esclerótica completamente blanca, sin iris, ni pupila. Se contuvo de hacerlo al ver que el anciano amigablemente simulaba lo que era una tenebrosa mueca llena de arrugas que aparentaban ser una sonrisa desdentada y los cuatro largos dientes que le quedaban eran del color del mabí claro.

- Perdón; no lo escuché. - se atrevió a responder.
- No te había visto nunca por los alrededores.
- Vivo en la casa que está al otro lado - dijo el joven señalando en dirección a la casa.
- Ah sí, sí está bien. ¿Y qué te trae por aquí? - dijo el anciano sin fijarse a donde apuntaba Willo.
- Solo quise ver de cerca el lago. - admitió tratando de concentrarse en el ojo izquierdo del anciano para no parecer imprudente.
- Ah sí; muchos años este lugar era un centro turístico; pero después de los rumores de cierta gente perdió por completo el auge. Hoy día solo es un lugar olvidado que me sirve a mí de relajación y falsamente de pesca.
- ¿Falsamente?
- Sí, sí. Hace tiempo que no pesco ni un catarro aquí. - dijo el señor mostrando su sonrisa desdentada.
- ¿Y por qué sigue viniendo a pescar? - preguntó de un tono indiferente para no parecer mal educado.
- Por los recuerdos que me trae éste lugar. Es más terapéutico que otra cosa. En realidad no me importa mucho pescar; el anzuelo lo tiro para ver si todavía queda vida en éste lago.
- ¿Así que cree que no queda vida aquí?
- Sí, sí. Más bien lo que tiene vida al entrar a esas aguas muere. - el joven no comentó al último comentario del viejo. Más bien tragó dificultosamente saliva y empezó a temer por su seguridad. Involuntariamente retrocedió un poco. El anciano debió percatarse del terror en los actos y en la cara del muchacho pues rápidamente añadió; - O al menos eso dicen. A eso le achacan los gritos que alguna gente escucha.
- ¿A qué se deben los gritos supuestamente?
- Ah, para eso necesito sentarme y necesitas tener bastante tiempo. - dijo señalando una piedra donde al parecer estaba sentado antes de encaminarse hacia él; pues habían en ella otros materiales de pesca.
- Yo debo de ir a almorzar. Luna debe de estar buscándome. Después vuelvo. - dijo Willo aprovechando la oportunidad para escaparse y sin

intenciones de volver por ningún motivo allí.

- Vaya y venga que aquí cuando te parezca estaré para contarte lo que le pasó a Muriel. - el joven sin pensárselo dos veces se marchó del lugar.

Al acercarse a la casa vio como Luna miraba a los alrededores como si buscara algo. Al verlo le hizo un gesto con la mano y con la otra le alzó la bandeja color plateada.

- ¿Adónde andabas metido muchacho? - dijo cuando él se le acercó.

- Perdona por hacerte esperar.

- Tranquilo, solo dime si no almorzarás y no te andaré buscando como gallina sin cabeza por toda la casa.

- Perdona Luna no fue mi intención.

- ¡Sentémonos! - dijo interrumpiéndolo y sentándose en el escalón como habitualmente hacía. Willo obedeció y se sentó a comer.

- Luna, ¿por qué dicen que escuchan gritos en ese lugar? - dijo el joven.

- Qué sé yo muchacho, locuras que se inventa la gente. - contestó sin dejar de mostrar el almuerzo en su boca y cambiando de tema. Era obvio que esta vez a ella no le interesaba el misterio del lago; pues andaba hablando de otros temas que a Willo no le importaban en lo absoluto. De repente salió de su conversación y le volvió a preguntar; - ¿Pero dónde andabas tú?

- Me acerqué a ver si podía escuchar algunos gritos. - dijo tratando de insistir otra vez en el tema.

- Pues ten cuidado. Que si escuchas algo, probablemente no será una buena señal. - le advirtió en forma de broma.

- Y ¿por qué dicen que escuchan gritos? - insistió.

- Más que gritos, son lamentos. Los lamentos de una madre al perder su hijo ahogado allí. Supuestamente era que ella estaba loca; pero la verdad del caso es que nadie sabe que en realidad pasó en ese lugar. Dicen que el que bebe sus aguas muere; aunque otros aseguran que Muriel es quien los lanza allí. Fábulas y cuentos que improvisa la gente. ¿Tú escuchaste gritos? - el muchacho negó con la cabeza. - Yo una vez me acerqué y tampoco escuché nada. Son inventos, falacias que fabrica la gente, nada real.

Al entregarle la bandeja a Luna le avisó que no lo esperara para la cena. Se reservó decirle la curiosidad que tenía por preguntarle al viejo lo que sabía del Lago Negro de Muriel; al fin y al cabo todas las cosas tenían dos historias.

Caminó hacia el lago nuevamente. Esta vez la sensación de miedo no existía. Al mirar hacia la alta piedra vio como sentado el anciano hacía el intento de pescar. Willo sonrió para sus adentros. No sabía si al viejo le hacía falta un tornillo al tratar de pescar donde aparentemente era un lago

contaminado que no existían peces o que simplemente el anciano estaba tan aburrido que no sabía que más hacer para malgastar las horas del día. Al acercarse a la piedra el anciano lo miró. El joven trató de volver a concentrarse en el ojo con pupila para no parecer irrespetuoso.

- Anda siéntate aquí conmigo. - dijo tocando con la palma de su mano la liza piedra. - Willo obedeció.

- ¿Y que fue eso que le pasó a Muriel? - preguntó el joven intrigado.

- Sí, sí. Bueno empezemos la historia correctamente; El Lago Negro de Muriel hace más de nueve décadas atrás fue llamado el Lago Cristalino de Aguas Dulces. Muchos veranos fue el centro de entretenimiento de muchas familias y parejas. Para los enamorados, era el refugio de ardientes y apasionadas noches.

- ¿Cristalino? - interrumpió Willo. El anciano solo le dio lo que pensó el muchacho era una mirada de desaprobación con su único ojo y reanudó su historia;

- Agar y Muriel eran novios para ese entonces y amaban ese lugar. Lo disfrutaban durante el día y también durante las noches. - Willo se sonrojó pero el viejo sin percatarse continuó. - Agar pertenecía a una adinerada familia, pero Muriel no. Para aquel entonces eso era tremendo escándalo y un amor prohibido entre aquellos dos enamorados. Cuando los padres de Agar se enteraron de la relación, la desheredaron y ahí Muriel con lo que había ahorrado durante el noviazgo, se casó con Agar, compró un terreno en las cercanías del Lago Cristalino de Aguas Dulces que a ellos tanto le gustaba y construyó una casa; ya que él en aquel entonces, se dedicaba a la construcción. Muriel hacía todo por Agar y Agar por Muriel. Vivieron felices por muchos años; pero Dios nunca les dio hijos. Agar le confesaba a Muriel que era castigo de Dios por haber desobedecido a sus padres; pero Muriel pensaba distinto y sabía que eso probablemente se debía a que ella era estéril. A Muriel no le importaba, porque él amaba a Agar más de lo que podía amar el tener unos hijos. Lamentablemente para Agar, su matrimonio con Muriel, no le era suficiente. Empezó a tratar de acercarse más a su familia y todos la rechazaron excepto por un primo lejano del que terminó enamoriscada. Agar quedó embarazada de su primo, pero él rechazó toda responsabilidad; así que a ella no le quedó más remedio que confesarle la verdad a su esposo. Muriel enloqueció de celos, le fue difícil aceptar que la esterilidad provenía de él; pero terminó perdonándole la infidelidad a ella y aceptando el bebé. Seis meses pasaron y Agar tuvo un varón blanco, de un pelo rojizo que no provenía de ella y ojos azules como los de su madre. A la criatura la llamaron Rigel. Al niño nacer Muriel se sintió celoso, pues todas las atenciones de Agar eran tan solo para la criatura. El pelo rojizo del muchacho le recordaba a Muriel que existía un desentono; pero él tragaba su amargura solo para hacer sentir bien a su mujer. Dos años pasaron y Rigel correteaba por toda la casa; Muriel aprovechando el cansancio de su esposa y que ésta se había quedado dormida; fue al lago, que estaba inusualmente solitario y tiró el niño al agua. Después fingió quedarse dormido junto a su esposa.

Al ella despertar azorada se dio cuenta que el niño no estaba. Lloró y se lamentó todos los días por haberse quedado dormida y le juraba a Muriel que escuchaba los gritos del niño en las cercanías del lago. Muriel no soportó más y le confesó la verdad a su mujer; pero al ella tratar de abandonarlo y amenazarlo que iba a acusarlo con las autoridades, Muriel terminó ahogándola en el lago a ella también. Como su familia no la buscaba no notaron su ausencia. Según los años pasaban las aguas del lago iban cambiando de color; la gente que se acercaba empezaban a decir que escuchaban gritos y lamentaciones. Un día de verano, cuando el lago no estaba ni la mitad de lleno que en épocas anteriores, Muriel se amarró dos sacos de piedras a sus pies y se tiró de ésta misma piedra donde estamos sentados, confesándoles a los presentes lo que había sucedido. - Willo se movió incomodo en la piedra, pero el viejo siguió; - Las personas trataron de salvarlo pero el intento fue vano. Muriel murió ahogado como el resto de su familia y desde ese entonces la gente lo llama El Lago Negro de Muriel. - El muchacho quedó escandalizado. Su boca estaba abierta y sus ojos parecían dos esferas color marrón. - Había escuchado acerca de los gritos; pero jamás imaginé que detrás de éste lago se escondiera tanto horror. Yo que pensaba encontrar a Demencia y terminé sumergido en las aguas del Lago Muriel. - Esto último lo dijo en voz baja, como hablándose a sí mismo. - ¿Cómo dices? - preguntó el anciano. - Nada; me tengo que ir que ya se hace tarde, está obscureciendo. Encantado de conocerlo. - dijo levantándose y haciendo con la cabeza una pequeña reverencia.

- ¿Cómo dijiste que te llamabas? - preguntó el viejo con curiosidad. - Ah, perdona no me había presentado. - se disculpó el joven estrechándole una mano al señor. - Me llamo Willo. El viejo alargó también su brazo y le dijo;

- Gusto en conocerte Willo. Yo soy Muriel. - haló al muchacho del brazo y lo acercó a su cara. - Y deja de mirar mi otro ojo, que por el que yo veo es éste. - dijo acercando su ojo esclerótico derecho al rostro del joven. - Yo soy tu portero. ¡Bienvenido a Demencia! - concluyó el anciano mostrando sus cuatro dientes.

Willo se zafó de la mano de Muriel y aterrorizado salió corriendo hacia la casa.

Capítulo 10

A las 9:45 de la mañana, Díaz, se encontraba frente a la puerta del despacho de su jefe. Medán era un patrón que creía en la póliza de puertas abiertas; así que su oficina tenía la puerta sin cerrar mientras él se encontrara en el asilo. Por lo general llegaba a las diez de la mañana, aunque la hora de salida variara. Su hora de partir se suponía que fuera a las seis de la tarde, pero eso casi nunca ocurría y salía al anochecer. A las diez menos cinco, llegó Medán.

- ¡Buenos días! - saludó el doctor.
- Buenos días, doctor Medán. - contestó Díaz, siguiéndolo por la puerta de la oficina.
- Por favor tome asiento. - dijo alargando su brazo, mostrando una silla, con una mano de dedos largos y uñas en perfecta manicura.
- Gracias. - dijo la joven obedeciendo.

- Tengo entendido que tiene una pregunta acerca de uno de nuestros pacientes.
- En realidad es una preocupación. - dijo tratando de no sonar inapropiada.
- La escucho.
- Es referente al paciente Antonio Vega. Tengo entendido que ayer en la madrugada fue trasladado al ala oeste y desconozco las razones de dicho traslado.
- ¿Leyó el expediente?
- No. - dijo sintiéndose como una tonta aprendiz.
- No había manera que lo encontrara, aquí está en mi escritorio; lo iba a actualizar hoy en la mañana. - dijo el doctor levantando un poco el archivo y arrojándolo de nuevo al escritorio.
- No sabía... - empezó a decir sintiéndose aún más atolondrada, pero Medán la interrumpió.
- Me alegra saber que esté al pendiente de los pacientes señorita Díaz; ojalá muchos en nuestro personal estuvieran tan dedicado a nuestros pacientes como lo está usted. Ya cuando termine de poner en orden el papeleo podrá saber qué fue lo que pasó con el paciente.
- Sí; pero tengo entendido que había otro doctor en el turno cuando se trasladó al señor Vega. ¿Por qué no se le consultó a la señorita Roldán antes de trasladar al paciente?
- Señorita Díaz. - dijo el doctor colocando los dedos de ambas manos en su escritorio e inclinándose un poco hacia el frente. - Le voy a dar un consejo, se lo voy a dar, porque usted me recuerda a mi cuando yo empecé en esto. No sé cuál es el rumor, ni me interesa saberlo. Aquí usted, cuando se dirija a mí, en referencia de uno de nuestros pacientes, en primer lugar; lo hace con datos, me acaba de decir que no miró el expediente antes de preguntar por el paciente. Si usted no estaba presente cuando ocurrieron las cosas, no cuestione mis decisiones. En

segundo lugar; hábleme de diagnósticos, posibles ideas para el mejoramiento de nuestros enfermos mentales, métodos. En tercer lugar; no se apegue sentimentalmente a nuestros pacientes, en eso es que le digo que se parece a mí, es un error hacerlo, como podrá entender muchos de ellos no tienen finales felices. Le voy a decir lo que pasó y solamente por que como le dije anteriormente usted me recuerda a mí de principiante; pero no lo haga una costumbre, porque no suelo dar explicaciones de mis decisiones, especialmente cuando son basadas en chismorreos entre el personal. Yo soy un hombre muy ocupado y no tengo tiempo para estas cosas. Recibí una llamada de un hospital en relación al único pariente que tiene el señor Vega, o sea su esposa; está hospitalizada y se encuentra en estado de gravedad. Como usted sabe él es esquizofrénico. - Lo trasladé al ala oeste, porque allí va a recibir la atención necesaria cuando se le dé la noticia.

- ¿Nunca tuvo hijos?

- No. Como mencioné anteriormente, se trata de su único allegado.

- Entiendo y disculpe mi impertinencia.

- Como ya le dije; que no se repita.

- No pasará.

- Ahora por favor déjeme trabajar, pues tengo mucho trabajo y esto ya me ha quitado demasiado tiempo. - dijo Medán alargando su brazo y mostrándole la puerta.

Díaz no contestó, solo hizo un gesto de cabeza, parecido a una reverencia y salió por la puerta con la cara roja de la vergüenza. No se atrevió a preguntar si le habían dejado saber de la llamada a la señorita Roldán. Obviamente las cosas no eran como su compañera se las contaba. Por poco se metía en problemas por estarle haciendo caso a su desequilibrada amiga.

Capítulo 11

Al llegar a la casa Willo estaba atemorizado, sudado y agitado; así que se bañó con agua fría y se encerró en su cuarto. ¿Ese viejo estaba loco o en realidad él había entrado a Demencia? La verdad era que el anciano no tenía como adivinar lo que él se proponía. A no ser que su íntimo comentario acerca de Demencia le haya dado al anciano una macabra idea. El joven sintió temor; pero de repente ese miedo fue opacado con la idea de por fin poder reencontrarse con su madre. Si era verdad que había entrado a Demencia, estaba desorientado y necesitaba ayuda. No sabía qué hacer, ni cómo reaccionar. Preguntarle a Luna o a su papá no era una buena idea, pues Will le había aconsejado que se mantuviera fuera de ese lugar y Luna terminaría diciéndoselo todo a su padre, porque no sabía mantenerse nada callado. La única alternativa que le quedaba era preguntarle al tenebroso anciano. Si el viejo era quien decía que era, sabría decirle que hacer. Obviamente el hombre estaba loco, pero si era cierto lo que el viejo decía, aparentemente ocupaba una posición en la entrada de Demencia. Tenía que reunir valor y encararlo. De todos modos, si estaba en el lugar que él se pensaba, probablemente se enfrentaría a cosas peores. Abrió la gaveta y volvió a tomar en sus manos la carta empañada que le escribió su madre. Esta vez, antes de terminar de leerla, se quedó dormido.

Esa noche, Willo soñó que estaba en el orfanatorio donde su madre había intentado llevarlo la primera vez que se le ocurrió abandonarlo; pero esta vez su edad no era la de 11 años que era la que tenía para aquel entonces, si no los 14 años de ahora. Ana lo arrancaba de sus brazos y lo obligaba a quedarse. Luego amarrándolo a una mesa llena de agujas, empezó a cantar mientras lo ataba;

'Libre soy, libre soy, lo que perturba se queda aquí.'

Libre soy, libre soy abrasada en fuego me voy de aquí.

Libre soy, libre soy, mis esperanzas se fueron ya.

Libre soy, libre soy, me voy por siempre al más allá.'

Así volvía a repetir lo mismo una y otra vez. Al Willo despertar siguió escuchando la canción; cuando abrió los ojos para cerciorarse de que estaba despierto, se percató que esta vez quien cantaba la melodía era una mujer blanca, con la piel parecida al plástico cuando se derrite, los ojos eran color café, aunque no tenían pestañas y el poco pelo negro que le quedaba era reseco; como el pelaje de los peluches que llevan guardados hace mucho tiempo, lo tenía todo alborotado y se movía como

un péndulo de un viejo reloj de caja enfrente a su cara.

- Hola, Willo, despierta. - dijo en forma de susurro dejando de cantar, luego añadió de la misma manera - Tus pesadillas ahora las tendrás con los ojos abiertos. - concluyó.

El muchacho empujó a la señora y reprimió un grito que se le quedó ahogado en la mitad de la garganta. La señora arrojada en el suelo, se sentó en el piso arreglándose su bata blanca y agarrándose de sus rodillas se meció como un sillón de madera; luego empezó a reírse histérica.

- ¿Q...Que quieres? ¿Quién eres? - preguntó el joven excesivamente nervioso.

- Tranquilízate Willo, que solo vengo a ayudarte. Soy tu abuela, la mamá de tu papá. - susurró.

- Yo tengo entendido que ella murió cuando él tenía 9 años.

- Si, Willo, pero no olvides que estás en Demencia.

La habitación estaba a oscuras; así que el adolescente no tuvo como distinguir si la persona que estaba enfrente a él tenía algún parecido con las viejas fotos que su padre le había enseñado alguna vez. Aparte de eso, en las fotografías, la abuela lucía más arreglada que la señora que estaba sentada en el suelo y su piel no era como el de la cera derretida. Recordó que su padre le contó que a los 9 años de edad quedó huérfano porque su mamá había muerto en un incendio; así que esto justificaría su derretida piel. Optó por creerle a la señora; además si estaba en Demencia todo era posible.

La señora seguía meciéndose y riendo como una loca; Willo estuvo a punto de decirle que se callara, que la iban a escuchar, pero luego recordó que ella era tan solo producto de su imaginación y se contuvo. Cerró los ojos por un instante para ver si la imagen de ella se desaparecía; pero se pegó otro susto al abrirlos, pues ella se volvió a acercar a su cara, meneándose otra vez de derecha a izquierda.

- Deja de hacer eso. - le ordenó el joven. Ella le obedeció y comenzó a reírse frenéticamente de nuevo. - Bueno, si vienes a ayudarme deberías de decirme que hacer. - dijo irritado el muchacho y con el corazón desembocado.

- Mantente en los bordes de Demencia. - comenzó diciendo. - Entre más te sumerjas dentro de tus alucinaciones, más difícil se te hará salir de aquí. Si la gente que no está en éste mundo se da cuenta que entraste a él, te medicaran y si te medican, aunque para sus ojos estés más controlado, mentalmente tus delirios acrecentarán y peor se te hará para salir.

- ¿Y cómo sabré que tan cerca o lejos estoy de sus bordes?

- Eso no hay manera de cómo saberlo; pero eso sí, una vez vuelvas a ver a tu portero, estarás saliendo de una crisis. Cuando lo vuelvas a ver,

estarás entrando otra vez. Ver a tu portero puede ser tan reconfortante, como desorientador. Si no fuera porque el portero te da la bienvenida cada vez que entras, no se supiera si se está entrando o saliendo de aquí. La gente dice que Demencia te causa la muerte; en realidad si mueres y en vida entraste a Demencia, jamás sales de aquí. De ésta es la única manera que jamás vuelves a ver a tu portero; aunque a veces te cuesta entender que te quedaste aquí para siempre, porque en éste lugar se pierde la noción del tiempo. - La señora proseguía susurrando, cuando único no susurraba era si reía descontroladamente.

- ¿Cómo entraste tú a Demencia?

- Pariendo a tu papá enloquecí en el parto; pues en medio del alumbramiento, mi madre, mientras asistía a la comadrona, le dio un ataque cardíaco. Ella murió viendo nacer a tu padre y yo en medio de la incertidumbre y los dolores de parto me trastorné. Tu papá nunca tuvo padre; pues era producto de una relación que tuve de joven con un hombre casado. Eso fue lo que en realidad mató a mi mamá. Nunca pude perdonármelo, pero tampoco se lo perdoné a tu papá.

- ¿Y qué culpa él tenía? - reprochó el nieto sorprendiéndole salir en defensa de su padre.

- En lugar de mi madre, quien debió morir fue él. Era producto del pecado. El joven se molestó; aunque experimentó una hebra de culpabilidad, pues ahora entendía por qué su papá no era tan buen padre. Ella siguió hablando en susurros. - Cuando él cumplió los 9 años, las voces me aconsejaron que era el momento propicio para purificar nuestras almas. Lo llevé a una caseta en el patio donde se guardaban las herramientas del césped. Incendié la choza; pero él logró salir de allí. - los ojos de su abuela lo miraban sin verlo; sus ojos sin pestañas le daban a su monstruosa cara un aspecto animal.

De repente una luz tenue y parpadeante, como la luz de una vela se incendió en el ropero. Willo se acercó y miró a la abuela antes de rodar la cortina que dividía al guardarropa del cuarto; la señora sonrió. Sus dientes eran blancos y perfectos, no iban en acorde con su cara y mucho menos con su aspecto. Al rodar la cortina un olor a humedad y tierra inundaron su nariz; a lo lejos se veía una antigua carpa de circo que estaba rodeada de calles de arcilla completamente desoladas y carromatos abandonados. Las calles estaban alumbradas con antiguos postes de lamparillas y el cielo oscuro conservaba neblina y no tenía estrellas. Al entrar por el ropero para ver más de cerca lo que sus ojos aun no aceptaban haber visto, sintió en sus pies descalzos la fría tierra. Al pisar advirtió que la tierra a sus pies se movía y escuchó un raro sonido que provenía de ella; como el que hace una lija al rozar la madera, al mirar al suelo, observó como un sinnúmero de gusanos salían del pavimento. Empezó a caminar hacia la carpa con rapidez, para que las larvas no lograran escalar por sus pies; la abuela lo siguió. Al llegar a una de las calles que conducían a la carpa, la tierra estaba dura; así que ya no se movía a sus pies, ni había gusanos que salieran de ella; aminoró el movimiento. De repente escuchó pasos; era un enano que caminaba con

un gato, el hombre era habitualmente pequeño, pero el felino parecía haber sido aplastado alguna vez por algún carromato. Era de color gris sin una oreja y una parte de su cara estaba hinchada, su cuerpo estaba virado, como el mango de un bastón. Al enano ver como Willo se le quedó mirando al gato, le dio una mirada de desaprobación.

- ¿Qué miras? - dijo el enano en un tono poco amistoso. Willo cambió la vista y aceleró el paso.

Al entrar a la carpa, de franjas en patrones rojos y blancos, encontró que estaba rodeada de bancos de maderas que abrazaban una superficie redonda. En el centro de la plana circunferencia había pintada una estrella azul con un centro redondo de color amarillo. Justo en el núcleo del círculo se elevaba un garrote de madera teñido de blanco con unas lamparillas en la parte superior. Willo miró a su alrededor pero no pudo divisar a nadie dentro del entoldado. Salió de allí desilusionado, aunque en realidad no sabía qué era lo que esperaba encontrar en ese lugar. Era evidente que ese circo estaba desolado, a no ser por un enano y su gato que andaban por allí. Lamentó no haberle preguntado al diminuto hombre por su madre, pero a juzgar por cómo le habló, no pensaba que iba a tener la intención de ayudarlo.

Cuando salió de la carpa vio que uno de los carromatos que decía Títeres tenía la luz encendida en su interior. Tocó la puerta y una mujer con voz libidinosa desde adentro de la carreta lo invitó a pasar. El interior estaba lleno de marionetas de madera con diferentes atuendos. Marineros, soldados, piratas, gitanas, payasos, reyes, princesas, reinas, fueron algunos de los que Willo pudo divisar.; aparte de eso también habían títeres de diferentes animales como, cerdos, vacas, toros, perros, gatos, gallinas y muchos otros con vestimentas que no pudo identificar. Siguió mirando a su alrededor pero seguía viendo muñecos y ningún ser humano. Se preguntaba de donde pudo haber venido la voz, hasta que vio una de las marionetas moverse por sí sola y decirle;

- Te invitaría a tomar asiento, pero como puedes ver, todas las estanterías están ocupadas. - La muñeca era de madera y tenía un kimono color rojo, con diseños color oro. Su cara era muy larga y estaba pintada de blanco, sus ojos eran rasgados y aparentaba tener sombreado color azul, sus labios eran del color del rubí, formando un imperfecto corazón. Su pelo era negro y estaba dividido en un perfecto moño de tres partes. Al juzgar por la vestimenta, el cabello y el maquillaje, Willo dedujo que estaba vestida de Geisha. La marioneta movió su cabeza de madera de arriba hacia abajo y luego añadió. - Aunque por tu tamaño no creo que quepas en ninguna de ellas.

Solo vine a hacer una pregunta. - comentó el muchacho. - Vengo buscando a mi madre, se llama Ana, hace algún tiempo anda por Demencia y quisiera saber si la han visto por aquí. ¿Tu pareces que hace poco andas por aquí? ¿Verdad?

- Sí; solo ando de pasada, vine a buscar a mi madre y después me voy. - De repente todas las marionetas empezaron a reírse y a hablar unas entre otras. El joven se desconcertó, trató de hablar, pero el ruido de los títeres no lo dejaban oírse. - Solo quiero saber si la han visto.- se escuchó decir casi a gritos.

- Tranquilos; silencio. - dijo la Geisha moviendo sus manos como las alas de un ave cuando empieza su vuelo, tratando de calmar la conmoción. - Tengan más consideración con el pobre novato. - Mira muchacho... - comenzó a decir la muñeca.

- Willo, me llamo Willo.

- Está bien, Willo; aquí pasa mucha gente; aunque algunos entran a éste carromato y otros no. La mejor manera de encontrar a tu mamá son los días de función que se celebran en la gran carpa. A ese evento todo Demencia asiste, a menos que estén en su grado de lucidez. Si están lúcidos, no están en Demencia, si no están en Demencia, no entran a la función. ¿Entiendes? - Willo asintió. - Ahora, de que puedas llevarte a tu madre así de fácil como tú dices, esa es otra historia.

- Entonces; ¿Cómo puedo hacer eso?

- Todo el que entra a Demencia tiene un portero diferente. Tienes que encontrar quién es el portero de tu mamá y pedirle que la saque de aquí al mismo tiempo que tu portero te saca a ti. Al portero de tu madre, lo puedes hallar de alguien saber quién pueda ser, pero al tuyo de la única manera que lo puedes ver es saliendo por un rato de este lugar. En pocas palabras; tienes que salir para hablar con tu portero, tratar de no estar mucho fuera de aquí para que no empiece la función sin ti, entrar de nuevo, tratar que alguien te pueda decir quién es el portero de tu mamá, decirle a ese portero quién es el tuyo para que se pongan de acuerdo de sacarlos de aquí a los dos al unísono e ir a la función, encontrar a tu madre; esperando que ella, tanto como tú, quiera irse de aquí y salir. - El joven salió del carromato en un estado de perplejidad que solo le permitió dar las gracias. Encontrar a su madre era más difícil de lo que ya parecía.

Capítulo 12

Antonio Vega era un hombre que la mayoría del tiempo se encontraba de buen humor. Le encantaba hacer bromas y hacer reír a la gente. Sus bromas a veces eran un poco pesadas, pues le gustaba asustar a la gente y cuando los veía espantados, se delataba riéndose a más no poder. Entró al Asilo Mental de Medán pues era un hombre que creaba sus propias historias, luego empezó a creérselas y después a vivirlas. Los primeros síntomas que le demostraron a su esposa que algo andaba mal, fue cuando una vez fregando los trastos salió gritando espantado diciéndole a su señora que había salido una culebra del drenaje. Lógicamente, al principio, su esposa no le creyó, pues pensó que era una de sus bromas, pero al ver que él no rompía a reírse y de veras estaba asustado, fue a ver lo que pasaba. Obviamente no había ninguna culebra y así siguieron sus alucinaciones hasta que empezó a escuchar voces, entonces fue que comenzó a ponerse un poco más peligroso. Cuando Antonio no estaba en sus crisis; era muy agradable tenerlo alrededor; pero todo empezó a cambiar a consecuencia de esto.

Hacían solo cuatro meses que había entrado al psiquiátrico y gozaba de su estadía en ese lugar. Después de la primera intervención, cuando llegó al manicomio y par de medicamentos recetados, Antonio no estaba seguro de no ser ninguna amenaza, así que cuando le dieron el alta después de tres meses, pidió que lo dejaran por un tiempo más, hasta sentirse totalmente confidente de no representar ningún daño para su esposa. Él amaba con toda su alma a Rebecca y no quería hacerla sufrir. Ya le había causado suficiente dolor cuando en una de sus crisis se puso tan violento, que aunque no la agredió; le provocó tremendo susto. De buenas a primeras le dijeron que lo iban a trasladar al ala oeste y aunque el trataba de mantenerse positivo ante toda esa situación; esto si le causó un mal presentimiento. Cuando dos enfermeros amarrándolo a una camisa de fuerza lo trasladaron al occidente del hospital, entendió lamentablemente cuál era su mala premonición.

Ni dos segundos ocurrieron, cuando al pasar la puerta que dividía esa sala de las demás, lo empujaron hasta que se reventó en el piso y a patadas lo llevaron por todo el pasillo hasta su cuarto. Para su desgracia su cuarto era uno de los últimos en el pasillo. Entre patadas e insultos los enfermeros le gritaban que esa era la manera de contestarle Medán a sus chistes, que porque ahora no lo veían reír. Una vez dentro de su cuarto las patadas cesaron y cuando por fin pensó que todo había terminado, un enfermero antes de cerrarle la puerta, le dijo que su esposa estaba moribunda en un hospital. Antonio sentía dolor por todo su cuerpo, su labio estaba partido, pues una de las patadas llegó atinarle en la boca; pero lo más que le dolía era su corazón. Imaginarse a su esposa moribunda en un hospital y él encontrarse en ese lugar sin poder hacer nada, lo desconsolaban; saber que tuvo la oportunidad anteriormente de

salir de allí y se negó a hacerlo lo atormentaban. Ahí fue cuando el hombre de 54 años, no aguantó más y comenzó a llorar.

Pasaron los días y los moratones fueron pasando del color rosado, al morado-azulado, luego al verde y después al amarillo. Ya muchos de los hematomas habían desaparecido cuando lo dejaron salir de la habitación. Él no sabía cuántos días habían pasado, pues en su cuarto no habían ventanas y tampoco sabía en qué condiciones se encontraba su esposa. Cuando estaba en el cuarto le daban la comida un día sí y al otro no, agua todos los días y ahora era la primera vez que lo llevaban a bañar. Después que se quitó la ropa, sucia, manchada de sangre y mal oliente, le dieron un jabón y con un cubo de agua helada lo mojaron, luego le ordenaron que se enjabonara y con otro balde de agua fría le retiraron el jabón. No era la manera que él tenía en mente, pero estaba contento de haberse podido bañar. Quería mantenerse positivo ante toda esa situación y si se quedaba tranquilo, probablemente lo dejaran hablar con Medán y podría explicarle que todo aquello era tan solo un mal entendido.

Después del baño y proveerle ropa limpia, los enfermeros lo dejaron pasearse por los pasillos. Los corredores olían a orina; aunque se encontraban limpios. Había locos que caminaban como péndulos por el pasadizo, otros que simplemente se arrinconaban en medio de ellos o en alguna esquina y algunos que hablaban, simplemente, con lo que pudiera ser, el amigo imaginario. Ante todos esos dementes, él permitía verse como el más normal. Cuando algún paciente se ponía inquieto, el personal no actuaba de la mejor manera; así que se mantuvo callado y tranquilo, para que no lo agolpearan.

Ya recorrido todo lo que se le posibilitaba de esa ala, se sentó en medio de una de las paredes del pasillo. Ahí realizó que se veía igual que los demás; como otro desequilibrado. De repente uno de los enfermeros se le acercó y temió por su seguridad. Al cubrirse el rostro con ambas manos el enfermero se echó a reír.

- No seas pendejo, que solo vengo a decirte algo.
- ¿Qué? - Antonio se destapó la cara y miró a los ojos al enfermero, para ver si no se trataba de una broma cruel.
- El doctor Medán quiere verte. - dijo el enfermero embozando una sonrisa maquiavélica.
- ¿Qué le pasó a mi esposa? - preguntó asustado el paciente, sabiendo que el gesto del enfermero no era una buena señal.
- Te van a cambiar de sala. - continuó el hombre ignorando la pregunta del enfermo. Antonio sonrió esta vez al enfermero, mostrando una dentadura incompleta, pues había perdido uno de los dientes en la golphiza.
- ¿De veras? - preguntó esperanzado.

- Sí; vas para el área sur, idiota. - continuó sonriendo el enfermero. Esta vez Antonio paró de sonreír y sin saber por qué, se evacuó en los pantalones.

Capítulo 13

El sol desvaneció su estado de desconcierto; no parecía que había estado en el carromato tanto tiempo. A lo lejos vio, como un señor trepado en unos zancos, apagaba los postes de lamparilla que le quedaban.

- ¿Ya se puso el sol? - preguntó el joven a su abuela, pues todavía lo seguía.
- Te dije que aquí el tiempo pasa sin que tú te des cuenta. ¿Acaso no acabas de comprender que es Demencia? - preguntó la abuela en su habitual susurrante voz.
- Sí; veo que el tiempo está loco; mejor dicho, locos estamos los que entramos aquí.
- Ya veo que sigues sin comprender.
- ¿A qué te refieres?
- Es un juego del tiempo. Un truco de velocidad.
- No entiendo nada de lo que dices; pero me imagino que aquí harás todo el sentido de mundo.
- Calla y escucha, para que aprendas jovencito. ¿Porque tú crees que algunos locos se quedan en un letargo y no hablan?
- ¿Para aprender? - contestó adivinando.
- Correcto. - dijo la abuela, feliz de que su nieto, por fin, le prestara a ella, aunque sea, un poco de atención. - Demencia, que para los cuerdos es estar desajustado, es un viaje a través del tiempo. ¿Conoces lo que es la velocidad de la luz? - el nieto afirmó con un movimiento de cabeza y la abuela continuó. - Bueno; en demencia no se viaja a la velocidad de la luz, pero lo que pasa es bien similar. Tu cuerpo no viaja; lo que se desarrolla es tu mente, creando una habilidad que antes no tuvo. Ahora; supongamos por un momento que tu mente va casi a la velocidad de la luz. Tú no notarías nada en especial, solo verías que la luz, se aleja rápidamente de dónde tú estás. Lo extraño es que los que no están dementes; que en éste ejemplo serían los que están detenidos; también verían que la luz se mueve lejos de ellos a la velocidad de la luz. Eso es a simple vista; ahora, si mides la velocidad y tomas el tiempo todo cambia. El que está cuerdo ve que tú te alejas con la luz, a la misma velocidad, o al menos eso es lo que creen ver, pero también notan que tú medidor se ha acortado y que tu reloj se ha detenido completamente. El cuerdo tendría que esperar un tiempo infinito, para que el demente pueda comunicarse con él. Lo que sucede es, que al que está en Demencia, el tiempo y el espacio se le han rectificado y en ese espacio y en ese tiempo, mejor dicho, ante sus ojos y su mente, no se nota nada diferente. Lo único que un demente sabe es que cada vez le cuesta más aumentar la velocidad, para mantenerse lo más cerca que pueda de la luz. En realidad lo que pasó fue que tú abandonaste el universo observable de los cabales; así que tu vez lo que a ellos ya no le es posible. Por eso nos llaman locos. Porque ellos no entienden; los desafortunados cuerdos no pueden ver más

allá.

- ¿Por eso vemos personas que para ellos están muertos?

- ¡Exacto! Los espíritus viajan a otra velocidad también. Los animales entienden de estas cosas; los que no están dementes lo llaman instinto animal. Por eso algunos animales se alejan de una situación peligrosa antes que un humano lo haga. Hay veces, que encuentran un perro ladrándole, según ellos, a la nada. Todo esto es porque los perros también tienen desarrollado; aunque en distinta manera de los dementes, la visión y pueden ver cosas que ellos no ven. La gente que carece del sentido visual, intuyen más que los que tienen visión; pues se les abre la ventana mental y dejan fluir ese instinto. Los pobres incapacitados que dicen llamarse cuerdos y no tener incapacidades, no entienden de estas cosas. Lamentablemente hay veces que nosotros sufrimos por su ignorancia.

- Los dementes también hacen sufrir a los cuerdos. - dijo recordando todo lo que le hizo pasar su mamá. - En el caso tuyo, tú trataste de hacerle daño a tu hijo; intentaste quitarle la vida. - le reclamó con un hilo de coraje en su voz.

- Puede ser. Pero es porque no nos comprenden. Yo solo trataba de purificar el alma de mi hijo, llevándolo a otro nivel visual y espiritual. ¿Quién no quiere el bien para sus hijos? Todo es producto de la ignorancia de los que no ven, entienden o saben. - ¿No has escuchado decir que la ignorancia es más mala que la propia maldad?

- Bueno; no sé si llegue a comprender lo que me dices hasta ese nivel; pero al menos ahora es el momento de tratar de comprender a mi madre. Debo de aprovechar que estoy loco al igual que ella para hacerlo.

- No. Debes de aprovechar que tu mente ve ahora con mucha más claridad. - susurró la abuela; mostrando en una sonrisa, su perfecta dentadura.

El sol quemaba y los pies descalzos de Willo ardían en la dura tierra. A ambos lados de la carretera se encontraban los carromatos; pero ahora al muchacho se le hacía difícil descifrar si había alguien en el interior de cada uno de ellos. Al menos en la noche, la tenue luz le indicaba a dónde podía preguntar por su mamá o mejor aún, por el portero de ella. Miró por encima de su hombro a ver si todavía podía divisar el marco del ropero de su cuarto; pero éste había desaparecido. Con un poco de suerte, todavía en el mundo real fuera de noche y así Luna ni su padre se darían cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Decidió sentarse junto a uno de los carromatos, usándolo de espaldas. Los pies le ardían y no quería lastimárselos. Al mirárselos pudo ver que ya era un poco tarde; pues unas bolsas de aguas se le habían asomado en las plantas de los pies. La abuela se sentó a su lado.

- ¿Sabes que todos los seres humanos en Demencia tenemos un puesto? - le preguntó la señora al sentarse; como si se tratara de un trabajo importante.

- ¿Un puesto? y ¿Cuál es el tuyo? - preguntó sarcástico; pues no había visto a la abuela hacer nada desde que entró a Demencia, todo lo que

hacía era seguirlo.

- ¿No te habías dado cuenta? Soy tu sombra, Willo.

- ¿Mi sombra? - dijo incrédulo mirando hacia todos lados a ver si veía el reflejo de su propia silueta por algún lugar. Efectivamente no había nada; solo su abuela. - ¿Y cómo de noche también me sigues? - preguntó el joven con desconcierto.

- ¡Ay Willo! ¿Cuándo terminarás por entender? Tú sombra te sigue de día y de noche; lo que ocurre es, que para los que no ven, solo lo medio descifran con el reflejo de la luz. Los cuerdos, están tan asustados de no parecer cuerdos, que no quieren ver como realmente son las cosas y prefieren creer, que es su propio reflejo en forma de silueta. Lo único diferente es, que en Demencia, tu no ves la sombra de nadie; solo la tuya. Para el mundo de los que no ven, ven la de todos los seres vivos. De otra manera no existiera lógica en la creencia de ellos en que la luz refleja su sombra.

- Las cosas y los objetos tienen sombra también en el mundo de los cuerdos. - afirmó el muchacho.

- No te confundas, Willo. Lo que tiene vida, tiene sombra, ahora; las cosas que no tienen vida, tienen vigías y los seres incapacitados lo confunden con sombras.

- ¿Vigías? ¿Y qué hacen los vigías? - preguntó con curiosidad.

- Un vigía le da a las cosas apariencia de vida. Como te pasó con los títeres cuando hablaste con ellos. Mueve objetos, los hace hablar, un vigía te observa por medio de los artefactos. ¿Nunca has tenido la sensación de que una pintura con el retrato de alguien te observa? Un vigía es peligroso, puede ser tanto bueno, como malo. Ten cuidado con ellos.

- ¿Por qué no me advertiste cuando estaba hablando con las marionetas?

- le reprochó su nieto.

- Willo; tu sombra no puede interferir por ti. Solo te puedo aconsejar, muchacho. Lo que en el otro mundo eras incapaz de creer; aquí tiene lógica. Lo impensable es lo lógico. En lo ilógico, están la mayoría de tus respuestas.

Willo se quedó sentado junto al carromato hasta que empezó a caer la tarde. Sus pies le ardían y los quería aliviar. No tenía medicamentos, ni nada que le cubriera sus pies, así que solo le quedaba esperar a que el sol bajara. Al levantarse se sorprendió que sus pies no dolían tanto, más bien las bolsas en las plantas de sus pies le servían de almohadilla. "Ilógico", pensó. Pero allí lo ilógico era lo único que tenía sentido. Al retomar su ruta por el sendero, vio como el señor de los zancos se acercaba ésta vez prendiendo los postes de lamparillas del camino. Al cuestionarse indeciso si debía de preguntarle por el portero de su mamá, se percató que el hombre en zancos se dio cuenta de su presencia. El sujeto al verlo empezó a danzar un vals en torno a él. Su cara estaba muy lejos de su vista todavía, pero podía divisar que el hombre tenía dibujada una sonrisa escalofriante, como esas que tienen algunos payasos. El muchacho detuvo su paso y la abuela detrás de él también se detuvo. El hombre siguió bailando acercándose más al joven y esta vez pudo ver unos ojos negros,

muy abiertos y desconcertados, como los de un loco; un loco peligroso. Willo tomó el otro tramo del camino, para cuando el hombre se acercara pasara con libertad; pero el sujeto danzó esta vez en dirección contraria, siguiéndolo. El muchacho paró y miró al hombre; éste empezó ésta vez a seguirlo en zancadas lentas; como un depredador hace al acercarse a su presa, pero no dejaba de mirarlo, ni de sonreír. Ya Willo podía apreciar que no eran zancos lo que el hombre tenía en sus pies, si no unas piernas largas, flacas y huesudas. Los dedos de las manos del individuo eran mucho más largos de lo normal y sus brazos parecían ramas de árboles colgando del tronco de su delgado cuerpo. El adolescente empezó a retroceder sin darse la vuelta y el hombre de la espeluznante sonrisa comenzó a acelerar el paso. Willo se dio la vuelta y corrió; su abuela lo seguía riendo histérica. Cuando miró por encima de su hombro, no vio al hombre de zancos y decidió esconderse debajo de uno de los carromatos. La abuela lo imitó, esta vez callada, aunque meneándose como un péndulo. Al rato, acucillado bajo el carromato, vio unos pies que pasaron junto al coche con unos dedos largos, su tez era blanca grisácea, casi transparente por lo fina que era. Willo veía tras la piel unas venas abultadas de color azul que fluían la sangre del sujeto en rítmica velocidad. El muchacho se cubrió la boca para no gritar, luego se tapó toda la cara con ambas manos, pues esos raquíticos pies largos, a esa cercanía, le causaban terror. Luego sintió que alguien le hamaqueó los hombros y tuvo que ahogar un grito. Cuando se quitó las manos de la cara se encontró a Muriet de frente mostrándole su sonrisa desdentada. Jamás pensó que estuviera tan contento de ver al anciano nuevamente. Ahora se encontraba en su ropero, Muriet había desaparecido y esta vez no se veía un circo a sus espaldas; pues solo había una pared de madera que olía a humedad. Al otro lado de la cortina, de frente al ropero, se encontraba Luna. Aparentemente andaba buscándolo con una bandeja que contenía la cena. Al joven abrir la cortina, Luna lo miró escéptica.

- ¿Qué haces ahí metido muchacho? - preguntó. - Anda, sal de ahí. - repuso la señora. Willo sonrió y luego su sonrisa se desvaneció al sentir un dolor en la planta de sus pies. Fue cojeando hasta su cama y se sentó en ella. Luna le dio la bandeja. - Sé que no querías cenar, pero aquí te traje algo por si te animas a comer. - dijo en su peculiar voz. - Te voy a buscar algo para curarte esas ampollas.- añadió Luna saliendo del dormitorio.

Willo no comprendía como ella sabía sobre los abultamientos localizados debajo de sus pies, pero no le prestó mucha atención al hecho y empezó a comer. No se había dado cuenta lo hambriento que estaba; pues en Demencia jamás le dio hambre. De pronto, recordó que no le dejó saber sobre el portero de su mamá a Muriet y se lamentó.

Capítulo 14

Medán estaba entusiasmado; por fin tenía la oportunidad de ejecutar sus añorados experimentos. No pudo en toda la semana trabajar en eso; las otras tareas en el sanatorio le habían quitado demasiado tiempo. Después de pasar por todo los resguardos de seguridad que reprimían la entrada al área sur; Medán se dirigió a la parte final del pasillo donde se encontraba otra puerta doble que tenía rotulado en la parte superior la palabra laboratorios. Esta también había que pasarla con otro código y la cedula de identificación con la magneto en la parte posterior. Luego de pasar por esa otra puerta, había otro corredor con marcos sin portillos a ambos lados que tenían letreros en la parte superior. Medán entró por el que rotulaba experimentos; al entrar al enorme cuarto uno de sus colegas lo saludó.

- ¡Buenas tardes doctor Medán! - dijo uno de los científicos. - Dichosos los ojos. - repuso.
- Buenas tardes García; ¿Qué hay de nuevo? - contestó en tono ajetreado.
- No mucho. Estábamos esperando por usted para empezar a trabajar en el caso nuevo.
- Sí; quiero trabajar en éste nuevo caso con la compañía de Alfano estrictamente. Háganme el favor y dejen el cuerpo preparado en la sala de implantes que Alfano y yo estaremos allí en veinte minutos.
- Entendido. - dijo García y se apresuró a dejar todo listo.

Veinte minutos trascurrieron y Alfano se encontró con un inquieto Medán en el área de implantes.

- ¿Cómo has estado Ángel? Hacía tiempo que no te veía. - dijo Alfano, dándole a Medán un abrazo de esos que conllevan palmadas en la espalda.
- Ya tú sabes Hyde; pacientes y papeleo. - respondió Medán a Alfano dándole otro abrazo de la misma manera.

Alfano llamaba a Medán, Ángel, de cariño; pues cuando estudiaban en la universidad y ejecutaban experimentos con animales a Medán se le morían sin querer, muchos de ellos. Así que lo apodó El Ángel de la Muerte. Medán apodaba a Alfano, Hyde; por el libro de Dr. Jekyll and Mister Hyde; pues a Alfano le encantaba matar los animales, aunque esto afectara sus calificaciones y fuera de clases pareciera un estudiante ejemplar. Ambos se conocían por muchos años y creció una buena amistad a consecuencia de sus pasiones por los experimentos.

- Ya me extrañaba no ver tu presencia por los laboratorios. - continuó Alfano.
- Tengo un par de ineptos que no saben hacer ni una búsqueda en los

archivos.

- Aprendices.
- Exacto; todo un dolor de cabeza. Tuve una que se atrevió a sugerirme como debo de hacer mi trabajo.
- Cuidado con esas Ángel, esas son las que les encanta causar problemas.
- Lo sé. Ya una se va y la otra psiquiatra si no se ajusta, tomará el lugar de Ofelia. - dijo mostrando su perfecta dentadura en una sonrisa burlona.
- ¿No tiene a nadie?
- Solo una amiga; que poco le falta para que la den por loca.
- Sería muy arriesgado.
- Tranquilo Hyde que solo bromeaba.
- Te conozco Ángel y cuando te empecinas...
- Hyde; por favor, es broma, créeme.
- Bueno; ¿qué vamos a hacer con éste cuerpo?
- Parece ser que ya le hizo efecto la anestesia. Haremos un experimento de invasión al cerebro.
- ¡Listo; manos a la obra! - dijo Alfano contento de poder empezar a trabajar.

Alfano era el científico, después del doctor Medán, que más ganaba en el asilo. Le gustaba ver a sus pacientes agonizar y ver la mirada que éstos ponía antes de morir. A Medán por el contrario verlos morir no era la parte que más le entusiasmaba; aparentemente sus fracasos en los experimentos ejecutados en la universidad lo habían hecho desencantarse de esa idea; él prefería verlos sufrir, oírlos gritar de dolor y escuchar sus suplicas. Le encantaba tanto, que a veces tenía erecciones ejecutando éstas horrendas acciones. Gozaba más en su clínica que en la universidad; pues allá solo hacían los experimentos con animales. Por el contrario en el asilo podía ejecutar los experimentos con personas y así las quejas de los seres humanos eran más excitantes, para su entender, que la de los animales.

Ambos trabajaban en un experimento de actividad del cerebro. Este consistía en perforar un agujero en el cráneo del paciente y atornillarle unos dispositivos de sujeción de metal a la cabeza; luego se le insertaban unos electrodos en el seso. No estando satisfecho con esto a Medán se le ocurrió eliminarle partes del cerebro al paciente para paralizarlo y dejarlo inmóvil. Después Hyde le removió el ojo derecho al paciente para sujetar en la cuenca vacía unos vasos sanguíneos importantes que conducían al cerebro. Lo que le tocaba luego de haber terminado, era la parte más difícil para ellos; esperar. Una vez el paciente despertara de su anestesia y tuviera un poco de reposo, lo próximo que les tocaba era amarrarlo a una silla y ver como éste reaccionaba a los diferentes tipos de tareas asignadas para hacer apuntes de la actividad cerebral.

El injerto fue un éxito; ambos estaban felices a pesar de haber gastado gran parte de la noche en aquel proceso. Los dos se quitaron sus batas de operaciones y se lavaron las manos. Luego Medán se despidió de Alfano;

aunque en ésta ocasión no hubo abrazos. Solo le dio un apretón de mano a su colega y le asignó unas últimas instrucciones. Alfano se despidió de su amigo y luego trató de conseguir a García. Al conseguirlo le proporcionó las instrucciones que Medán le había encomendado. Trasladar el cuerpo del señor Antonio Vega a la sala de experimentos.

Capítulo 15

Luna llegó cargando un balde de metal lleno de agua hasta la mitad y le pidió al muchacho que sumergiera los pies. Willo, sin protestar, introdujo sus pies en el agua tibia mientras comía su cena. El agua; ignorando el olor a metal del cubo, tenía una fragancia a sal que mezclada con los olores del condimento de la comida lo hizo recordar los días de verano que pasaba en la playa con sus papás. De pronto sintió resentimiento que no fuera su padre el que estuviera curando sus pies; aunque no tenía idea como Luna sabía sobre los abultamientos, pues fue en Demencia que se había lastimado. Tampoco quería preguntarle a ella, pues podía hacerle ver que no estaba en su total coherencia y tenía temor que terminaran medicándolo. Si lo medicaban le iban hacer más difícil el proceso de sacar a su mamá de Demencia. Al terminar la cena, Luna cogió la bandeja plateada y se la llevó del cuarto. Al regresar, le sacó los pies de la palangana con agua y comenzó a secárselos suavemente con una toalla. Luego le untó una pomada de sábila que le hacía sentir una sensación fresca en la tibia temperatura que ya tenían sus pies.

- No sé qué te dio con ir de nuevo para allá y después descalzo. - le reprochó Luna.
- Lo siento. - se disculpó el muchacho sin saber bien por qué lo hacía. Estaba muy seguro que algo había ocurrido en el mundo real mientras él estaba en Demencia; aunque desconocía lo que era.
- Pensé que tu curiosidad se había disipado al no escuchar ningunos gritos. ¿Qué te dio con volver para allá de nuevo y treparte ahí? Pudiste haberte caído. Eso estaba ardiendo con ese sol pegándole todo el día. Quien sabe cuánto tiempo estuviste allí parado para que se te quemaran los pies a ese extremo. Por un momento pensé que te pensabas tirar.
- ¿Y por qué haría yo eso? - dijo el joven para tratar de disipar la angustia de la mujer. Aparentemente habían ocurrido cosas de las que él no estaba al tanto y temía que descubrieran que andaba por Demencia.
- Te hablábamos y no respondías. Creía que estabas escuchando las voces, que hablabas con el famoso Muriel y que te convencía a saltar. Nos pegaste tremendo susto muchacho; por favor no vayas más para ese lugar. Sé que te amonestamos ya por haberlo hecho, pero nos trepaste el corazón a la garganta. Te enviamos para tu cuarto, pero aunque me dijiste anteriormente que no tenías hambre, me dio lástima que te quedaras sin comer. Has estado gran parte de la tarde en esta habitación; aquí no hay mucho que hacer y con hambre se debe pasar peor. - ¿Qué andabas haciendo en el ropero?
- Solo trataba de hacerte una maldad. - mintió. Perdona el incidente del lago; tan solo fue otra pesada broma para hacerles creer que el lago estaba maldito. Luna lo miró con extrañeza.
- Pues lograste tu cometido y te ganaste estar encerrado aquí todo lo que quedaba de la tarde. Sé que estar aquí, en éste remoto lugar, puede llegar a ser aburrido para un joven de tu edad; pero no andes buscando

meterte en problemas.

- Lo siento. - dijo tratando de mostrar en su cara un genuino, aunque falso arrepentimiento.

- Tranquilo, ya mañana podrás salir. Ahora solo trata de descansar y por favor no más bromas pesadas.

- Trataré. - dijo sincero aunque sonrió al ver la cara de Luna.

- ¿Es que no escarmientas? - preguntó Luna. Luego mientras salía del cuarto, le devolvió la sonrisa.

Willo amaneció cansado. No había podido dormir bien en toda la noche. Cada media hora se despertaba con la sensación de que su abuela estaba moviéndose como un péndulo enfrente de su cara, pero al abrir los ojos no la veía. Según amanecía y la claridad se asomaba por la ventana, iba viendo las sobras de la cama y la mesita de noche. En ese momento pensó que los vigías también debían de estar observándolo. Al rato también pasó un susto cuando el aire que soplaba el abanico de techo voló levemente la cortina del ropero y parecía como si alguien se hubiese deslizado desde dentro del perchero, hacia la parte de afuera. Al poco rato la luz del sol cubría el cuarto y disipaba las sombras. Así fue que se obligó a levantarse de la cama.

En su desayuno con Luna en el cobertizo fue que se enteró mejor que había pasado el día anterior. Más bien el día anterior en el mundo de los incapacitados, porque en el mundo de Demencia era ya como el segundo día. Aparentemente después que le dijo a Luna que no iba a comer se quedó en el cobertizo por buen rato. Después de un momento Luna no lo volvió a ver y pensó que estaba en su cuarto. Cuando fue a ver que le pasaba y se percató que la habitación estaba vacía empezó a preocuparse. Se le ocurrió rápido deducir que estaba en el lago, por la conversación que tuvieron durante el almuerzo. Según Luna; fue su papá, ella y dos personas más a buscarlo a la piedra. Aparentemente alguien andaba de visita. Cuando le hablaban desde abajo el solo miraba el agua embelesado y no contestaba. Cuando subieron su papá y las dos personas que andaban con él a persuadirlo a bajar, les hacía caso omiso y miraba con ojos desorbitados hacia todos lados como buscando algo, cuando por fin Luna subió y lo confrontó fue que se le desboronó encima llorando y le dijo que solo se escondía del que encendía las luces.

- ¿A qué te referías con eso, muchacho? - preguntó Luna curiosa.

- Cogí tanto sol que recuerdo haberme mareado. - mintió.

- ¿Y los pies? ¿No sentiste cuando te los quemaste?

- No; hasta muy tarde. - dijo sincero.

- ¿Y por qué mirabas tanto el fondo?

- Te dije que fue una broma de mal gusto que les quise dar, en realidad no me estaba pasando nada, solo que de tanto sol me mareé un poco.

- Pues el sol debió haberte hecho mucho daño y en realidad tenías muchos deseos de asustarnos a todos, porque una de las personas que vino a verte fue tu mamá y no le prestaste la más mínima atención.

- ¿No dijo cuando regresaba? - preguntó tratando de disimular su desconcierto.
- Estaba molesta. - dijo Luna examinando las expresiones en la cara del joven.
- Lo siento. - susurró débilmente aguantando las ganas de llorar.

Capítulo 16

La señorita Díaz estaba furiosa con su amiga. No solo había quedado como una inexperta delante de su jefe; también la habían amonestado gracias a los chismorreos de Roldán. Esa era la última jornada que a Díaz le tocaba por la mañana; ya después de hoy el próximo día lo tenía libre y luego comenzaba su turno de por las noches. Así que quiso aprovechar ese momento para confrontar a su amiga y ponerla en su sitio. ¿Cómo se le ocurría inventar tantas historias? Con eso, Roldán no solo estaba poniendo en riesgo su profesión; con aquello también estaba poniendo en peligro la de ella. A lo mejor la teoría para su amiga resultaba más sencilla que la práctica; pues había que ver que a Roldán se le hacía más fácil que a ella los estudios; pero a la hora de la verdad y de interactuar con los pacientes, ella de seguro le llevaba la delantera. De cierta manera la reconfortó saber que el doctor Medán viera en ella el reflejo de él mismo en sus inicios como psiquiatra. Eso podía significar tener un pequeño paso adelante en su trabajo. Caerle bien al jefe era crucial para facilitar el ambiente laboral; aunque todo pudo haber cambiado gracias a las impertinencias de Roldán. Sus pensamientos volvieron a enfocarse en lo irritada que estaba con su amiga. Comenzó a buscar a Roldán como una loca; como una loca no medicada que anda buscando a un novio que la dejó plantada hace veinte años atrás en un altar.

En el cuadro que cruzaba las cuatro alas del asilo, Díaz encontró a su amiga. Como un león que ataca un ciervo, Díaz agarró a Roldán de un brazo y se la llevó de tres zancadas a la cafetería.

- ¿Qué te pasa? - protestó Roldán.
- ¡Necesito hablar contigo y es ahora!
- ¿Qué te ocurre? ¿Supiste algo de Vega?
- De eso mismo quería hablarte.
- ¡Ay! Me estás asustando amiga.
- Pues deberías de estarlo. Ya no quiero que me estés diciendo más chismorreos del asilo. ¿Qué te hace pensar que Vega puede estar metido en un problema solo por burlarse de Medán? ¿Leíste el expediente? - dijo Díaz, imitando a Medán, para sonar profesional.
- ¿Y qué importa lo que digan los expedientes? Si él mismo es quien los escribe.
- ¡Basta! Te vas a buscar un problema y vas a provocarme uno a mí. ¿Es que pretendes acabar con todo lo que hemos logrado? ¿Tanto esfuerzo estudiando para venir a tirarlo todo por la borda; por tres meses de desvelo? ¿Qué rayos te pasa? Ya ni te reconozco.
- A quien yo no reconozco más es a ti. ¿Qué paso con los sueños de querer ayudar a nuestros pacientes? ¿Con hacer la diferencia? ¿Con tratarlos mejor?
- Una cosa son los sueños y otra la realidad. ¿Cómo pretendes ayudar tú

si piensas que tus colegas son tus enemigos y la ayuda que puedan estar prestando a los dementes es todo en contra de ellos? ¿Porque no te avisaron con tiempo lo que estaba pasando? ¡Para eso están los archivos! Solo tenías que leerlos y dejarte de estar llegando a posibles conclusiones.

- ¡Ya veo que te han comido el cerebro!
- ¡No! La que está actuando aquí, como una desequilibrada, eres tú.
- Puede que las dos tengamos algo de eso. Yo por permitir que ese hijo de puta me lleve a la posición de ponerme los nervios de punta y tú... mira en la manera que me estás confrontando.
- Tienes que ser más sagaz - dijo Díaz tratando de sonar más calmada.
- Y tú tienes que tratar de abrir más los ojos. - dijo con la misma serenidad que su amiga.
- Si sigues en éste plan te van a despedir.
- No; amiga. Si me despiden correría con suerte. Me van arruinar la carrera y todos mis años de estudio. Palabras textuales de tu querido Medán.
- No puedo seguir creyendo tus chismes.
- No lo hagas. Ahora trabajarás en las noches y veras más claro lo que trato de decirte. Abrirás tus ojos y te será imposible aceptar lo que no quieres que te haga ver. Ojalá esté todavía yo aquí para poder ayudarte y no te sientas como yo o éste grupo de locos que gritamos a todo pulmón y nadie parece oírnos. Cuando termines por entender lo que te digo; busca a Vega, te aseguro que nada bueno le están haciendo este grupo de malandrines.
- A Vega lo trasladaron porque su esposa está gravemente en un hospital y no creen que sobreviva. Necesitan atenderlo mejor cuando le den la noticia. Por eso fue que lo trasladaron; no por estar burlándose de Medán. Aparentemente ese es el único pariente que le queda a Vega. No sé qué es lo que te imaginas amiga; pero las cosas no son como tú crees.
- No me digas una cosa así. - dijo Roldán sentándose de golpe en una de las sillas de la cafetería, apoyando ambos codos en la mesa y agarrándose la cabeza con ambas manos.
- Yo misma hablé con Medán. - dijo sentándose de frente a su amiga y agarrándole las dos manos que sostenían la cabeza de la misma con anterioridad para reconfortarla.
- ¡Esto es una tragedia!
- Por eso fue que te dije que observaras los expedientes. El mismo me acusó por no hacerlo. Sé que somos aprendices y que como tal solemos cometer nuestros errores, ya sea llegando a conclusiones o no tomando en cuenta los archivos; pero va a llegar el momento en que nos vamos a adaptar y actuaremos más profesionalmente.
- ¡Amiga! ¿No entiendes? ¡La vida de Vega corre peligro!

Díaz soltó las manos de su amiga de mala manera, se levantó enfadada de la mesa y dejó a quien ya se disponía a considerar como su ex amiga, sola en la cafetería.

Capítulo 17

Las hojas de los árboles se desprendían según el viento las azotaba y bailaban una danza de derecha a izquierda despojándose del follaje dejando en sus ramas un aspecto más delgado. Willo observaba el panorama en un estado de parálisis emocional; no sonreía, no lloraba, no reaccionaba por nada, en su mente solo trataba de digerir la dura verdad que le estaba tocando vivir. Aparentemente el intentar trastornarse después de todo no era una buena idea. El factor tiempo estaba jugando con él y sus sentimientos estaban maniobrando estresantemente en ambos lados del mundo; el real y el imaginario. Ahora; si Demencia era un mundo imaginario como todos pensaban... ¿Por qué él no podía controlar los eventos que allí ocurrían? El mundo de los incapacitados se podía controlar mejor que el mundo de los que ven más allá. Tal vez no era eso; a lo mejor era que él conocía más de éste mundo que del otro.

Lo poco que sabía de Demencia era que los efectos secundarios que tenía para el mundo de los incapacitados era, en su mayor parte, el sufrimiento. Era casi imposible llegar a estar en el mundo de los que ven más allá sin hacer sufrir a los que no veían. Su abuela hizo sufrir a su hijo, su madre lo hizo sufrir a él y él hacía sufrir, o al menos, hasta ahora preocuparse, a los que no estaban con él en Demencia; o sea Luna, su papá y su madre, cuando ella no se encontraba allá. Por otro lado el mundo real no afectaba al imaginario; a menos que no los medicaran, solo le daba la bienvenida a su gente y les enseñaba sus maravillas. Maravillas que daban miedo; un temor causado por no estar acostumbrado a ver esas cosas en el mundo real. Tenía que cambiar de estrategia; debía sobrepasar lo que para muchos era imposible; vencer Demencia. Dominar el mundo de los que ven más allá era crucial para su triunfo. Aprender el territorio bien, no dejarse amedrentar por los engaños que pudiera conseguir allí, cruzar con destreza ese lugar confuso, agarrar a su madre y salir huyendo al mundo real. Sabía que lo que estaba pensando era imposible; al menos en el mundo donde se encontraba ahora. Su abuela le había aconsejado que en lo ilógico era que estaban la mayoría de las respuestas; pero en Demencia nada tenía sentido.

Se paró de lado en los escalones mugrientos y recostó su espalda del balaustre que sujetaba el techo, que conjunto a otras barandillas de menor tamaño, formaban el cercado del balcón. Al mirar hacia su lado derecho, vio por la ventana de la casa, como Luna miró hacia afuera para ver que él hacía. En los escasos tres segundos que miró por la ventanilla pudo percibir que Luna se desplazaba nerviosa por la cocina. Era lógico que desconfiara de él después de lo ocurrido; probablemente estaba cerciorándose que no le diera con ir al lago otra vez. En un gesto por tratar de tranquilizarla, decidió entrar a la cocina.

- ¿Te cansaste de cobertizo? - preguntó Luna al verlo entrar.
- Ya está empezando azotar el frío. - mintió al saber que aunque era cierto; no era la razón por la que había entrado.
- ¿Quieres que te busque un abrigo? - dijo Luna caminando hacia un perchero que estaba entre la cocina y las escaleras que daban al segundo nivel.
- No es necesario; aquí estoy mejor.
- Toma; por si te decides a salir luego. - dijo ignorando su comentario y facilitándole uno de cualquier manera.
- Gracias. - no le tocó más remedio que decir al muchacho.

En eso Willo escuchó a su padre entrar por la puerta principal de la casa. Will caminó hacia la cocina donde ellos estaban y miró metódico a Willo. El muchacho agachó la cabeza levemente abochornado; pues no sabía cómo explicarle al papá su falta de juicio.

- ¿Todo bien hoy? - Will rompió el silencio.
- Todo bien. - contestó Luna.
- ¿Y tú; Willo? ¿Cómo siguen tus pies?
- Me siento mejor de las quemaduras.
- Me alegro. Siéntate. - dijo Will mostrando una de las sillas de la mesa que estaba en la cocina. - Hablemos un rato. - prosiguió su padre. Willo tragó saliva y obedeció; sabía que le tocaba un regaño de parte de su papá.
- Luna no te dijo...
- Sí; pero quiero escucharlo de ti. Primero; ¿Cómo te quemaste los pies?
- La piedra estaba muy caliente.
- ¿Y porque permaneciste en ella?
- Fue una mala broma...
- Tu madre estaba molesta. Ella piensa que no te estamos cuidando bien. ¿Quieres que te saquen de aquí?
- ¿Para irme con ella?
- No Willo. Tú sabes que ella no está en la capacidad de cuidarte. Entiendes eso; ¿Verdad?
- Entiendo.
- Entonces; ¿Qué pretendías con esa broma?
- Asustarlos a todos.
- ¿Haciéndote daño tú mismo? ¿Por qué querías tú asustarnos?
- Solo me paré en la piedra y aunque al principio ardió un poco, no me di cuenta la gravedad de las quemaduras hasta muy tarde. Lo del lago fue una broma que le quería gastar a Luna. Luego cuando llegaron ustedes me pareció mejor hacérsela a todos.
- ¿Sin importar el tiempo que llevabas sin ver a tu mamá?
- Pensé que se quedaría conmigo más tiempo.
- Se quedó lo suficiente Willo; simplemente tú no reaccionabas.
- Sé que jugué una broma muy pesada.
- ¿No más bromas entonces?
- ¿No dijo mamá cuando volvía? - preguntó el muchacho desviando el

tema.

- Para ser honesto Willo, ni siquiera sé si tú permanecerás con nosotros.
 - ¿Y si ella no me puede tener? ¿A dónde me piensa llevar?
- Probablemente de vuelta al Asilo Mental de Medán.

Capítulo 18

El día de descanso le sirvió para organizar sus pensamientos; después de todo Roldán andaba muy desequilibrada y ella como alguien que la consideró su amiga no la podía abandonar. Por esa misma razón fue que estudió psiquiatría, para ayudar al necesitado; especialmente las personas que no contaban con el apoyo necesario. Era increíble ver cuántas personas sufrían de trastornos mentales y las personas más allegadas a ellos solían abandonarlos. ¿Cómo era posible que olvidaran todo lo bueno que pasaron junto a esa persona? Se sintió culpable; ella estuvo a punto de cometer el mismo error con su amiga; en eso sí Roldán tenía razón, se le estaba olvidando el propósito que la trajo allí. Aparte de sus pacientes; su amiga era quien más la necesitaba en ese momento. Con una mejor actitud se preparó y se fue a trabajar; pues hoy comenzaba su primera jornada de por las noches.

Al llegar al trabajo y tratar de localizar a su amiga se topó que ésta había sido despedida por haber roto una parte del contrato. Aparentemente Roldán se había comunicado hace ya algunos días con uno de los familiares de un paciente y precisamente ese mismo día a eso de las tres, Roldán escoltó al enfermo mental hasta el recibidor donde un miembro de otro manicomio lo llevó fuera de la clínica. El ascendiente lo había trasladado a otro lugar y cuando lo llamaron preguntándole porque tomaba una decisión como esa; el pariente se limitó a decir que ese asilo mental, a su entender, no era apto para su allegado. El asilo teme por una demanda y Roldán puede que enfrente una denuncia por violación al contrato. Díaz no podía creer hasta donde habían llegado las insolencias de Roldán y en el lío tan grande que se había metido a causa de sus inventos.

La tarde transcurrió normal; Díaz llegó a conocer personal que jamás había visto durante el día. Por otro lado, pudo entender más que le molestaba a su amiga; el personal de por las noches era menos tolerante que el de por las mañanas. Probablemente la falta de sueño los hacía comportarse un poco más irritados; eso era habitual. La psiquiatra fue a darle la ronda a cada uno de sus pacientes; aunque se detuvo al ver la señora que Roldán consideraba como una de sus predilectas. A Vega, ya lo habían trasladado al área oeste, al joven, se lo habían llevado para otro manicomio y esa señora era la única que de los predilectos de su amiga quedaba allí. Sintió un apretoncito de angustia en el pecho que, aunque estuvo tratando de ignorar toda la tarde, al ver a la señora se le agudizó. Recordó con la ilusión que las dos amigas entraron a trabajar a ese manicomio y por ninguna otra razón, acogió en su corazón a esa señora como su paciente favorita.

- Se llevaron a nuestra defensora. - dijo la señora al ver a la doctora.

Díaz sabía muy bien a quien la paciente se refería; pero solo tragó dificultosamente saliva y no comentó.

- ¿Ella era tu amiga; verdad? - insistió la loca.
- Ya es hora de descansar. - se limitó a decir la psiquiatra.
- Llevamos la mente descansando hace tanto tiempo; que la gente no nos cree cuando decimos la verdad.
- La verdad es que es tarde y el cuerpo necesita descansar.
- ¿Y por qué tú no descansas?
- Porque tengo que hacer mi trabajo.
- Y yo tengo que hacer el mío.
- ¿Sí? Anda; dale, dime; ¿Cuál es tu trabajo?
- Prevenirte.

Ya entendía porque su amiga estaba cada vez más desequilibrada. Si ella les hacía caso a los pacientes probablemente terminara al final creyendo que todo era verdad.

- Gracias; pero no necesito que me prevengas de nada y lo más aconsejable es que trates de descansar.
- De nada; pero aquí tu trabajo con nosotros será inútil. A la larga o a la corta terminarán haciendo con nosotros lo que se les pegue en gana. El joven fue afortunado que lo sacaran de aquí, porque todavía tenía familia a quien le importaba; pero a mí me trasladaran al área oeste, seguramente después de esta conversación contigo y el viejo; ese tiene que estar muerto ya.
- Descansa. - dijo la psiquiatra alejándose del lugar.

Díaz se fue a refugiar al área de archivos; por alguna extraña razón lo que la loca dijo la hizo preguntarse por la suerte de Vega. No sabía que le estaba pasando; haciéndole caso a uno de sus pacientes; era habitual que algunos enfermos mentales pensaran que el personal médico tenía alguna confabulación en su contra, eso era un síntoma muy común entre los esquizofrénicos. Ya estaba empezando a comportarse como su amiga y en la primera noche; que absurdo. Iba a dejar de rebuscar entre los expedientes; pero el encuadernador con el nombre del paciente se posó ante sus ojos como provocándola a ser leído. Al abrir la carpeta; vio que aparentemente el paciente se había tratado de hacer daño el mismo. Allí señalaba que eso había sido su reacción al conocimiento de la muerte de su esposa. Una semana y algo después observó que al paciente lo habían trasladado al área sur. A su entender, Vega no era persona de ponerse a atentar contra su propia vida; pero ella solo era una inexperta aprendiz. Siguió leyendo archivos de diferentes pacientes; para su sorpresa todos tenían una recurrente de haberse lastimado a sí mismo y algunos en más de una ocasión. Los que habían sido trasladados al ala sur no informaban nada más aparte de eso; era como si lo que allí ocurría no

podía ser contado. Sus manos empezaron a temblar y trató de tranquilizarse; acomodó todos los expedientes en su sitio y cerró el compartimiento. Empezó a ojear por todo el armario y encontró una gaveta que rotulaba región sur; pero lamentablemente de ese cajón ella no tenía llave. Trató de pensar con coherencia, ella estaba asignada solo para el área norte. ¿Cómo era posible que tenía acceso a los archivos del ala éste y oeste, pero no a los de la región sur? ¿Por qué todos los pacientes del área oeste atentaban contra sus vidas? ¿Qué había hecho Vega tan grave para que lo trasladaran al ala sur? De pronto encontró respuesta para su última pregunta; todos los trasladados al área sur que no estaban vinculados a la ejecución de algún asesinato, estaban sin familia.

Capítulo 19

Ana estaba nerviosa; la pasada visita a La Casa Mental de Lago Negro fue un poco traumática. Ver a su hijo en aquellas condiciones fue algo que como madre le fue muy duro encarar. Sintió curiosidad cuando el psiquiatra de su hijo le pidió que en la próxima visita, si le era posible, fuera acompañada de la señorita Laura Roldán; una de las antiguas psiquiatras de su hijo y la causante de que ahora Willo se encontrara en ese nuevo lugar. Laura le había aconsejado ese hogar; aparentemente porque ese psiquiatra era muy bueno con sus pacientes, pues había tenido su mamá mentalmente enferma desde que él era un crío y eso fue lo que lo motivó a estudiar psiquiatría. Según ella, él desempeñó su carrera en diferentes prestigiosos asilos mentales, pero después de ciertos años, compró una casa a muy buen precio en las cercanías del Lago Negro de Muriel y se dispuso a atender solo algunos casos mentales en particular. La señorita Roldán, después de varias averiguaciones pensó que su hijo llenaba los requisitos y terminó recomendándole el sitio. Conforme la psiquiatra, ahí su hijo iba a estar mejor; pues tendría un trato y una evaluación exclusiva gracias a que el doctor no tenía en ese momento a más ningún paciente. Eso a ella de cierta manera no le había dado buena espina; pero cuando buscó las evaluaciones tanto del lugar, como las del psiquiatra; las críticas fueron extraordinariamente buenas; pero ahora todo cambiaba. Su hijo había hecho un intento de suicidio frente a sus narices y cuando llegó el personal, que se reducía a una sola persona aparte del doctor, no tenía ni idea de donde se encontraba Willo. Laura Roldán aseguró que ese asilo era mejor para su hijo y que el Asilo Mental de Medán tenía un trato un poco cuestionable; pero para su entender como madre y con lo poco que pudo ver en ambos lados; aunque Medán era un poco más arrogante y frío que el doctor Sarmiento, el Asilo Mental de Medán, tenía más personal haciéndose responsable de su hijo.

Al tratar de contactar a la señorita Roldán en el asilo; allí le indicaron que ella ya no trabajaba allí. Cuando preguntó por Laura la transfirieron inmediatamente con el doctor Medán y personalmente él se disculpó por el comportamiento de su ex empleada. Le indicó que lamentablemente ella era una estudiante que estaba haciendo su práctica allí y que no pudo con la responsabilidad. Cuando ella pidió el número telefónico personal de la empleada el psiquiatra se apenó de no poderse dar por cuestiones de seguridad; también le aconsejó que tuviera precaución con los consejos profesionales de Roldán; pues él dudaba de la capacidad mental de la señorita. Ana colgó y no dijo nada; pero ya estaba confirmando que el juicio de Roldán al querer casi desesperadamente que cambiara a su hijo del sanatorio, no era certero. La pobre chica no era más que una inexperta aprendiz y no sabía lo que tenía entre manos. Después de terminar con la llamada telefoneó al doctor Sarmiento para

indicarle que no había conseguido a Laura en el hospital.

- Es muy importante que la traiga. Por el bien de su hijo.
- No la puedo conseguir; además no estoy segura de querer que mi hijo permanezca en su clínica después de lo ocurrido.
- Comprendo perfectamente cómo se siente. Lamentablemente lo que ocurrió no tiene ninguna justificación. Aquí tratamos a los pacientes como huéspedes y no los encerramos para no hacerlos sentir encarcelados. Willo ha sido un joven muy tranquilo y jamás había hecho algo similar. Al parecer nos confiamos demasiado y fue un gran error. Yo solo quiero demostrarle algo antes de que se lo lleve. Después de lo que le enseñe, usted será quien tenga la última palabra.
- Sera inútil; ya he tomado una decisión; mi hijo casi se mata en frente de mis narices.
- Hablé con Willo; él me asegura que su intención nunca fue tirarse.
- Pues eso no me pareció a mí; además ¿si hubiese resbalado?
- Comprendo su frustración señora Cruz; pero por favor no llame al otro asilo hasta que yo pueda demostrarle lo que quiero enseñarle; después haga lo que usted mejor crea conveniente. El muchacho tuvo una reacción muy inusual al decirle que lo transferirían de nuevo al otro asilo. Lo puede comprobar usted misma si quiere en la próxima visita.
- ¿A qué se refiere?
- No quiero influir en su decisión; solo quisiera que me dé la oportunidad de demostrarle lo que pienso está pasando con Willo.
- Está bien; pero no podré ir con la señorita Roldán, no la consigo.
- Yo trato de contactarla y si lo hago le diré que la llame.
- Perfecto. - dijo Ana enganchando el auricular.

Pasada dos horas Laura la contactó. Fue una llamada breve pero la muchacha sonaba muy inquieta. La visita era al día siguiente; Ana le preguntó a la psiquiatra si iba a encontrarla en el sanatorio a las 2:00 pm, que era la hora que empezaba la visita. La señorita Roldán le propuso encontrarla en la casa más temprano para poder hablar con ella primeramente antes de ir a La casa Mental de Lago Negro. Así lo acordaron y quedaron de verse cuatro horas antes de la hora asignada a la cita.

A las diez en punto de la mañana del día siguiente Laura estaba tocando a la puerta de la casa de Ana. La señora Cruz después de ofrecerle un café a su invitada y darle la bienvenida de manera formal bajo el régimen habitual de hospitalidad; fue al grano.

- Pienso transferir a Willo nuevamente al Asilo Mental de Medán. - dijo Ana en tono tajante y con un hilo de agobio en su voz.
- Me permite preguntarle ¿cuál fue la razón para tomar esa decisión? - dijo Roldán un poco alarmada.
- En primer lugar me queda muy lejos; el viaje es a casi tres horas de aquí y se me hace más difícil el poder irlo a ver, en segundo lugar, temo

por su seguridad; en ese asilo no cuentan con la vigilancia necesaria.

- ¿Cómo así? - preguntó la doctora intrigada.

- Cuando fui a verlo; mi muchacho casi se me tira a un pozo. La póliza de ese sanatorio indica que uno puede llegar en los días y horas de visita sin avisar. Eso hice y esa fue la sorpresa que me llevé. Nadie lo vigilaba y cuando pregunté por él fue que una señora regordeta empezó a buscarlo como una gallina sin cabeza por todo el lugar. Obviamente no sabía dónde se había metido; después salió diciendo que fuéramos al antiguo pozo de Muriel pues temprano Willo le había dicho que andaba por allí. Cuando llegamos el muchacho estaba encaramado en una estatua de un hombre pescando desde una piedra. Por más que lo llamábamos mi hijo no respondía; pues estaba mirando para el agujero y parecía con intenciones de tirarse y aunque ellos aseguran que el pozo esta clausurado con unas planchas de metal, el tiempo pudo hacer que estuvieran oxidadas. Fue entonces cuando la señora obesa lo sacó del trance y se lo llevó para el cuarto. Ya sabrá el susto que me pegué.

- ¡Qué extraño! Nunca pensé que Willo tuviera inclinaciones suicidas. - puntualizó la psicóloga con un tono de extrañeza.

- Eso mismo me dijeron ellos; pero ya escucha lo que le cuento que vi con mis propios ojos. ¿Quién sabrá lo que pasa cuando yo no estoy presente y que no me habrán contado?

- No sé. Eso no se lo puedo asegurar. Yo solo hice una investigación acerca del psicólogo y tenía muy buenas referencias.

- Sí; yo también verifique y me encontré con lo mismo.

- Lo que sí le puedo decir es que el Asilo Mental de Medán no es la solución.

- Me tiene intrigada con eso. Yo los llamé y ellos me dicen que usted fue despedida por su inexperiencia.

- No; yo fui despedida por romper una parte del contrato al llamarla a usted. Aunque ahora que no trabajo con ellos puedo decirle porque mi prisa de que sacara al joven de allí. Lo que pasa allí es inhumano y de Willo quedarse sin usted puede que hasta la vida del muchacho corra peligro. No quiero entrar en muchos detalles porque seguramente a mí me va a costar esto mi profesión y una desagradable demanda; pero lo que pasa en ese lugar es escalofriantemente aterrador.

- Y... ¿Por qué no los acusa usted a ellos?

- Porque es una organización grande y me enfrento sola a un gran monstruo. Hasta mi mejor amiga piensa que son cosas mías; pero yo soy la única que se lo que vi y créame que trato de borrar las imágenes de mi mente todo los días. Vivir con esto me ha sido muy difícil y como sabía que como quiera me iban a despedir; opté por salvar al menos a uno de mis pacientes.

Bueno; como quiera no sé si La Casa Mental de Lago Negro siga siendo el mejor lugar para Willo.

- Entiendo. Vayamos las dos y así le podré dar mi punto de vista profesional. Si no conviene y quiere, la puedo ayudar a buscar un nuevo lugar para él. Haremos si le tranquiliza una búsqueda más exhaustiva.

- No sé si pueda confiar en su punto de vista profesional; el doctor Medán

me aseguró que usted no está apta para darme ese tipo de consejos.

- Entiendo. Haga usted entonces lo que mejor le parezca. Si desea me puedo marchar y no la acompaño a la clínica. Le aseguro que mi intención fue solo ayudar a su hijo.

- No; acompáñeme, quiero ver con mis propios ojos como se destapa todo esto.

¡Listo! - dijo Laura temiendo a su vez la reacción de Ana; pues cuando Willo las viera, pudiera ser que fuera a ella y no a su madre, la que identificara como mamá.

Capítulo 20

Díaz comenzó como una lunática a buscar entre los bolsillos de su bata algo con que forzar la cerradura del compartimiento que rotulaba región sur. Como no encontró nada volvió a abrir una de las gavetas del archivo y sacó dos sujetapapeles que retenían en diferentes agrupaciones, varios documentos juntos, dentro de un folleto. Desdobló ambos creando un gancho en uno de los extremo de cada presilla. Luego insertó el lado doblado de una de ellas, en la parte superior de la cerradura, aplicándole presión e introdujo el otro clip con la misma fuerza; aunque en el lado derecho del orificio de la cerradura. Al cabo de ocho minutos sin forcejear mucho para no dañar el cierre, el cajón abrió. Con dedos nerviosos aunque ágiles comenzó a buscar el folleto que rotulaba Vegas, Antonio; al encontrarlo lo abrió y empezó a leer. Los documentos revelaban que habían ejercido unos experimentos de invasión al cerebro al señor Vega. Estos documentos mostraban en detalles una operación que consistía en la perforación del cráneo del paciente y el injerto de unos dispositivos de sujeción de metal en la cabeza. Este procedimiento causó accidentes cerebrovasculares en el hombre, pues quitaron su ojo derecho y usaron la cuenca vacía para sujetar vasos sanguíneos importantes que conducían a su cerebro. Antonio tenía partes de su cerebro destruidas y su cuerpo estaba inmovilizado en una silla de sujeción. Su cabeza estaba atornillada en el lugar y se veía obligado a realizar una variedad de tareas de comportamiento para registrar su actividad cerebral. Díaz cerró la carpeta pues no pudo seguir leyendo semejantes atrocidades; pero cogió un grupo de archivos de varios pacientes, cerró el archivo y guardó los que robó en su maletín. Trató de seguir pasando la noche como pudo; pues el tratar de controlarse le era difícil. Al ver en su reloj que por fin eran las cinco de la mañana sintió alivio. Ya por fin podía irse de allí y así tratar de buscar a su amiga, para juntas poder ayudar a las personas que estaban encerradas en ese catastrófico lugar.

A la una de la tarde despertó a causa de una pesadilla; un anciano corvo, moreno, con ropa de pescador preguntaba por Willo; el paciente que su amiga sacó del manicomio de Medán. Tenía una cara escalofriante, mellado y con un ojo totalmente blanco; el viejo le preguntaba por el muchacho con ansiosa persistencia.

- ¿Dónde está Willo? - le preguntaba el encorvado.
- No sé. - se limitaba a decir ella en el sueño.
- Dile que su madre viene; que no venga a verme; que se aleje de Demencia. - insistía el señor.
- No sé dónde se encuentra. - le repetía ella en su pesadilla.
- Búscalo y dile que no venga. - persistía el escalofriante anciano como si no entendiera.

Se levantó sudada y preguntándose por el destino de su ex paciente. Probablemente toda la incertidumbre que tenía con respecto a su lugar de trabajo la hizo tener semejante sueño. Posiblemente la experimentación que leyó hicieron con Vega la hizo soñar con un anciano y uno de sus ojos sin visión. Se levantó de la cama, cepilló sus dientes y después de un café, se dispuso a telefonar a su amiga.

- ¡Hola! - contestó su amiga.
- Hola Laura; es Tina ¿Cómo estás? - preguntó nerviosa de la reacción que pudiera tener su amiga; pues ya hacía algún tiempo que no le hablaba.
- Estoy bien; dime ¿para que soy buena? - respondió Díaz sarcástica y con un leve tono de reproche.
- Quiero disculparme contigo; tenías razón. - se limitó a decir Roldán.
- Pensé que te tomaría más tiempo el admitirlo. - se burló Laura.
- Necesito verte y hablar contigo personalmente. - continuo Tina ignorando la burla en la voz de su amiga.
- ¿Hoy? - cuestionó Roldán extrañada; su amiga no era de hacer las cosas a la ligera y sin planificar.
- Sí; si es posible. Es bastante urgente y no lo puedo hablar por teléfono.
- había un poco de ruego en su voz.
- Lo siento Tina; pero hoy mismo no voy a poder; voy de camino a La Casa Mental de Lago Negro y queda a tres horas de allá. - se excusó Laura.
- ¿Encontraste trabajo? ¿Vas para una entrevista? Entiendo que ese lugar es muy bueno. He escuchado excelentes críticas de ese sitio. - opinó entusiasmada.
- No; voy a ver a Willo. - se limitó a decir Roldán.
- ¡Ay! Con él acabo de tener una pesadilla horrible. - le produjo escalofríos el tan solo mencionarlo. - Lo buscaba un viejo espantoso con un ojo en blanco y me decía que le advirtiera que no fuera a Demencia que su mamá venía.
- ¿De veras? Porque con ella ando y vamos a verlo. - se extrañó Roldán.
- Voy a tratar de ir para allá; si te parece. En realidad es bueno que me encuentre con ustedes dos.
- ¡Perfecto! Te veré allá entonces. - dijo a su amiga y colgó.
- ¿Quién era? - cuestionó Ana, después de un leve silencio; nerviosa por la imprudencia de preguntar con quien hablaba.
- Una amiga que trabajaba conmigo en el Asilo Mental de Medán. - respondió Laura todavía un poco aturdida por el sueño de su amiga.
- ¿Y preguntó por mí?
- No; me dijo que tuvo una pesadilla y que un viejo le decía que le dijera a Willo que su mamá iba a verlo y se alejara de Demencia. - le explicó Roldán a la señora Cruz sin ninguna objeción.
- ¡Qué raro! Porque Demencia era como le llamaba yo a las alucinaciones de Willo y le explicaba, cuando pequeño, que era el lugar al que su mente viajaba.

Capítulo 21

Laura Roldán tocó a la puerta de la antigua casa de madera que estaba situada junto a Lago Negro; una señora regordeta, pálida y con un humor jocosos contestó a la puerta. Al entrar; Luna les indicó que el muchacho se encontraba sentado en las escaleras del cobertizo terminando su almuerzo; a Ana particularmente eso no le gustó. A su entender su hijo debía de estar comiendo en la mesa como era debido. Cuando llegaron junto al muchacho, Willo siguió enfusado con los restos de su almuerzo y no les prestó atención a ninguna de las dos.

- ¡Willo! - lo llamó su madre.

El muchacho alzó la vista del plato, la miró de soslayo y continuó comiendo. Ana sintió un apretón en su corazón, parecido al que se siente cuando se aprieta un músculo después de haber hecho ejercicios y pensó; 'todavía no me ha perdonado.' Laura con un poco más de practica colocó su mano izquierda en el hombro derecho del paciente y lo llamó por su nombre. En esta ocasión el joven la miró y se le iluminó la cara.

- ¡Saliste! - dijo el muchacho mientras sus ojos brillaban y mostraba una sonrisa.

Roldán se extrañó del comentario que hizo el joven tan pronto la vio; pero le siguió la corriente.

- Sí; y ¿Tú? - se dejó llevar por lo que Ana le había dicho con respecto a Demencia.

- Me costó; pero no sabes el alivio que sentí cuando vi a mi portero. Ese viejo por más feo que sea es más agradable de ver, que las cosas que se ven allí. - dijo estremeciéndose el muchacho; recordando al hombre de zancos.

- ¿Un hombre encorvado, con un ojo en blanco? - preguntó Laura dejándose llevar esta vez, extrañamente, por el sueño que le había contado su amiga.

- ¡Si! ¿Lo viste? - cuestionó el joven.

- No; pero una amiga me lo comentó.

- ¡Ah! Pues ella debe de ser tu portero.

Laura no entendía de lo que Willo hablaba; pero algo de lógica debía de encontrarle él a toda esa ilógica conversación en su perdida mente. Lo que si le extrañaba era el don que siempre tuvo para comunicarse con él y que el supiera quien era el señor de los sueños de Tina. Por alguna extraña razón atinaba en las alucinaciones del muchacho desde que había sido trasladado del Asilo Infantil de Ceballos al Asilo Mental de Medán, y fue por eso que la empezó a llamar mamá. Cosa que ella trató de corregirlo en muchas ocasiones y aunque nunca pudo lograr

que la llamara doctora Roldán, al menos logró que la llamara señorita Laura. Ana miraba a la psiquiatra con recelo y veía como su hijo solo prestaba atención a aquella impostora, ignorándola a ella por completo.

- ¡Willo! - lo volvió a llamar Ana para ver si le hacía ésta vez algo de caso.

Laura trató de hacer que Willo respondiera a su madre pero el muchacho no se dignaba a mirarla siquiera de soslayo en ésta ocasión. En eso llegó el doctor Sarmiento; interrumpiendo para su dicha la incómoda situación. El doctor estrechó su mano a ambas mujeres en forma de saludo y le expresó a Roldán el placer de haberla conocido al fin personalmente. Después del protocolo todos fueron a la sala de espera, que más bien estaba decorada como una sala normal de una casa, con la única diferencia que había un escritorio en ella. Ana, Roldán y Sarmiento se sentaron en los muebles menos Willo, que se paró de lado junto a la señorita Roldán. Ana pudo deducir el vínculo tan fuerte entre su hijo y la doctora y no pudo evitar sentir celos. Tratando de componerse miró al doctor para que no se notara en su mirada lo envidiosa que estaba. El psiquiatra pudo divisar la incomodidad de la señora, como profesional que era.

- En primer lugar; quiero disculparme de nuevo por el incidente ocurrido en la pasada visita. - dijo el doctor rompiendo la incómoda situación.

- Sigo pensando que mi hijo estaría mejor en otro lugar. - respondió Ana desquitándose lo recelosa que se encontraba con la psiquiatra.

- Comprendo su incertidumbre, pero déjeme explicarle primero lo que está pasando con su hijo. - objetó Sarmiento tranquilamente.

- Lo que pasó es inexcusable. - contestó Ana altaneramente.

- No trato de buscar una excusa, solo me estoy disculpando. Entiendo su preocupación y la desconfianza que pueda tener en nosotros como entidad.

- No puedo decir siquiera que he visto mejoría en mi muchacho desde que está aquí. - dijo Ana mirando a Willo con suspicacia, al ver lo fascinado que se encontraba con la doctora. - Ni me reconoce. - concluyó.

- ¿Hace cuánto va que no la reconoce? - indagó el psiquiatra.

- Al poco tiempo de ser trasladado a la clínica anterior.

- Dígame una cosa; - dijo el doctor refiriéndose esta vez a Roldán. - ¿él

piensa que usted es su mamá?

- En mi opinión sí; trató de llamarme así por mucho tiempo, siempre lo corregí, aceptó al final llamarme mejor señorita Laura.

- ¿Qué? - interrumpió Ana visiblemente consternada.

- Mis sospechas son ciertas; Willo está viviendo en otro tiempo. - concretó el doctor.

- Me puede decir; ¿de qué rayos habla? - dijo Ana con disgusto.

Willo comenzó a caminar en círculos al lado de Laura agarrándose las manos frenéticamente, como si se untara loción entre medio de los dedos.

- ¿Mira cómo está? - dijo señalándolo con una mano. - Yo lo veo peor. Lo siento pero me lo voy a llevar inmediatamente al Asilo Mental de Medán. - expuso Ana con alteración.

Willo paró de dar vueltas y se colocó frente a las tres personas con los puños apretados a cada lado de su cuerpo y se orinó. Luego, se tiró al piso y se revolcó en su propia orina.

- ¡NOOOO! - gritó. - su madre trató de levantarlo, pero el muchacho era fuerte y ponía resistencia. - ¡NOOOO! - volvió a gritar. Luego se levantó del piso todo mojado y los miró con desafío apretando sus puños nuevamente. - ¡A QUE NO ME AGARRAN AHORA! - les gritó y luego comenzó a reírse a carcajadas.

Luna al escuchar los gritos del joven salió de la cocina y fue hasta donde estaba el muchacho.

- Venga. - le dijo agarrándolo levemente por un brazo para indicarle hacia la dirección que debía caminar. Los ojos desorbitados del muchacho entraron en razón al ver a Luna.

- Mis padres quieren deshacerse de mí. - le comentó Willo a la obesa señora.

- No permitiremos que eso pase. - dijo Luna siguiéndole su alucinamiento.

- No debí haberla sacado nunca de Demencia. - se lamentó el joven mientras subía la escalera.

Capítulo 22

Ana se desplomó en el mueble y comenzó a llorar desconsoladamente. El doctor Sarmiento y la psiquiatra tomaron asiento. Aunque ambos psiquiatras se sentían solidarios con la señora no lo demostraron. Sarmiento estaba sentado en una butaca aparte y Laura se encontraba en el mismo mueble junto a la mamá de Willo. Aunque estaba próxima a ella y la miraba no la consoló.

- El joven no reacciona bien cuando se le habla de ese sanatorio. - señaló Sarmiento para desviar la tensión.
- No es para menos, en ese lugar lo que sucede es inhumano. - puntualizó Laura.
- ¿Qué le hicieron a mi hijo en ese lugar? - preguntó Ana.
- Afortunadamente nada; usted logró sacarlo a tiempo de ese sitio. - dijo la señorita Roldán.
- Si no le pasó nada; ¿Por qué reacciona así? - quiso saber la madre del muchacho.
- Lo presienten. No sé cómo, pero los enfermos mentales lo intuyen; especialmente cuando se les dice que van a ser trasladados al ala oeste o sur de la clínica. No me pregunte cómo; pero algunos de ellos hasta defecan cuando se les indica que van a ser transferidos a esas áreas del asilo.
- Me estas asustando. ¿Qué ocurre allí? - Ana se preocupó.
- La señorita Díaz quedó en encontrarse conmigo más tarde aquí para hablar con nosotras. Aparentemente se dio cuenta finalmente que lo que le decía era verdad. No se específicamente que fue lo que vio pero dijo querer hablar con nosotras.

En eso, Luna bajó con un cubo con agua que olía a lavanda y empezó a pasar el trapeador secando los restos de orina. Todos se quedaron callados observándola.

- Tengan cuidado de no resbalar. - dijo - El muchacho está más tranquilo, ya se bañó y se fue a su cuarto. - al concluir Luna, sonó la puerta. Al abrirla una delgada muchacha, pálida y con un maletín en mano, se presentó como Tina Díaz. Al escuchar su nombre los que estaban sentados en la sala se pusieron de pies. Al ella entrar todos excluyendo a Luna la saludaron cordialmente.
- Llega justo a tiempo doctora Díaz. - declaró Sarmiento.
- Cuidado con el piso que está mojado. - le indicó Luna. Todos se sentaron en los muebles; aunque Luna recogió el cubo con el trapeador y se fue de la sala de espera.
- Acabamos de tener un incidente con Willo; no reaccionó muy bien al saber que lo llevarían de vuelta al sanatorio de Medán. - aclaró Roldán.

- No es para menos; ¿Por qué harían una cosa como esa? - expuso Díaz.

- Su madre así lo desea. - dijo Laura mirando a Ana con un hilo de reproche en su voz.

- Que tan terrible pasa en esa clínica; ¡Por Dios! - Ana se impacientó.

- Tengo conmigo una pila de expedientes que comprueban todas las cosas horribles que hacen con esas pobres personas. Experimentos con ellos y toda la cosa; Vega... - al mencionar esta última palabra se le quebrantó la voz.

- ¿Experimentos? ¡No pensé que esos desgraciados llegaran a tanto! - dijo Roldán.

- Hay que acusarlos con las autoridades. - expuso Sarmiento.

- No sin antes hablar con un abogado. Hay un contrato entre medio y se supone que esto yo no lo esté hablando con nadie.

- Sí; pero eso está en contra de la ley y tienes las pruebas. - aclaró el psiquiatra.

- Sí; pero prefiero antes consultarlo con un abogado. Mientras tanto seguiré trabajando allí como si nada pasara para acumular más pruebas y ver en que puedo ayudar a esa pobre gente. Vine hasta acá para dejarles saber y pedirte disculpas a ti por mis insolencias. - dijo mirando a Roldán

- y para pedirle a usted que aleje a Willo del sanatorio de Medán. - ésta vez miró a Ana.

- No pienso que sea buena idea que vuelvas para allá. ¿Qué paso con Vega? - preguntó su amiga.

- Tengo que tomarme el riesgo; ellos como quiera no saben lo que me estoy tramando. - concluyó Tina abriendo el maletín y proporcionándole el expediente de Vega a Roldán.

- ¿Y cuando no vean los expedientes? - expuso Sarmiento.

- No tienen que pensar que fui yo. Además, hace poco despidieron a mi amiga, ella pudo haberlos robado. - dijo segura de que no sospecharían de ella.

- ¡Santo Dios! ¿Qué es esto?- dijo al leer el expediente - Tina es muy riesgoso; no puedes ir para allá esa gente es una inescrupulosa. - dijo Roldán temblándoles las manos al tratar de acomodar el papeleo en el folleto.

- Alguien tiene que tomarse el riesgo. Mientras tanto te entregaré los expedientes a ti para que los conserves en caso de que algo inesperado suceda. - le dijo a Roldán.

- No lo veo prudente; pero si es tu palabra final, continuemos con nuestra actual prioridad que es Willo. - determinó el doctor Sarmiento.

- Me parece bien. - acordó Díaz.

- Señora Cruz; ¿Cuál era la relación de Willo con su padre antes de que éste falleciera? - indagó Sarmiento.

- Willo adoraba a su padre; a veces pienso que me culpa de su muerte al yo no saber en aquel momento respiración artificial y poderlo salvar cuando fuimos a la playa. Era una playa remota y no había mucha gente ni salvavidas; pero nos gustaba pasar los veranos en ese lugar. Algo paralizó las piernas de Will en el agua y comenzó ahogarse y aunque logré arrastrarlo a la orilla no lo pude salvar pues había tragado demasiada

agua. Cuando llegaron los paramédicos ya era muy tarde. Willo me gritaba histérico que lo salvara y después de los meses le empezó a fallar la mente. - dijo Ana tocándose la sien con los dedos. - Empezó a decirme que lo veía; luego sus alucinaciones empeoraron y agarró con cogerla conmigo. Una vez me espetó la tapa de una botella de gaseosa en la cabeza. Empezó a ponerse más violento; ahí fue que lo tuve que internar en el Asilo Infantil de Ceballos. Cuando lo internaron tuve que ayudar a las enfermeras a sedarlo; gritó a todo pulmón que no lo abandonara, para ese entonces él creía que lo estaba llevando a un orfanato, me fui derrumbada, pero sabía que era lo mejor para él. ¡Solo necesito que alguien ayude a mi hijo! - Ana lloraba al recordar todo y meneaba su cabeza como queriendo sacar esa terrible historia de su mente.

- Ana; - dijo Sarmiento mirando la abatida madre con un poco de lastima y en esta ocasión si trató de reconfortarla. - Willo no la culpa de nada ni le guarda rencor.

- Me ignora. - aclaró Ana.

- No la ignora; simplemente no la reconoce. El piensa que su madre es Laura y su padre soy yo. Para Willo su padre no ha muerto y solo los abandonó, tanto a él, como a usted. El piensa que la demente es su madre y a todas estas lo que está tratando de hacer es sacarla de 'Demencia' que es como usted le describió en una carta lo que es la locura. Con esa carta el solo pensó que era usted la que estaba loca. Él no sabe lo que le pasa; el ve lo que ve.

- Y ¿Por qué no me reconoce? - preguntó la verdadera madre del muchacho.

- Han sido muchos años. Usted ha cambiado. Él vive cuatro años atrás de la verdadera fecha. El piensa que tiene 14 años y los cambios de asilo lo han desorientado más. Ahora él creí que por su madre estar loca, lo envió a vivir con su padre.

- Por eso me preguntó que si salí. Pensó que su madre salió de 'Demencia'. - dijo Roldán.

- ¿Demencia? Eso fue lo que yo soñé. - dedujo Díaz.

- ¿Qué sueño? - preguntó Sarmiento.

- Si y el anciano que vistes en tus sueños Willo me lo describió como su portero. Aparentemente, fue él quien le abrió la puerta a Demencia. - dijo Roldán ignorando la pregunta del doctor.

- ¿Quieren ver el portero de Willo? - propuso Sarmiento.

El psiquiatra no esperó a que las muchachas contestaran y se dirigió al patio de la casa. Las jóvenes lo siguieron con curiosidad. Al llegar al jardín una estatua de un pescador encima de una piedra decoraba un antiguo pozo clausurado por una lámina de metal. A uno de los ojos de la estatua, el tiempo le había desgastado las líneas que mostraban lo que alguna vez fue el iris y la pupila.

Capítulo 23

Después del día libre ajetreado que tuvo el día anterior; Díaz llegó a su jornada de trabajo, al día siguiente, a las 5:00 de la tarde un poco cansada. El ánimo no era el mismo pues sabía lo que estaba ocurriendo en ese horroroso lugar y lo peor era que aparte de Roldán no tenía a quien más contarle su incertidumbre. Ya su amiga no se encontraba allí y eso aparte de hacer las horas de trabajo más largas; también las hacía más tediosas. Se lamentó lo injusta que fue con Roldán cuando trabajaban juntas; ahora la entendía mejor, aunque ya tarde. De repente sus pensamientos fueron interrumpidos por el señor Medán.

- Señorita Díaz; ¿Podría pasar por mi oficina? - le indicó su jefe en su usual tono frío.
- Sí; por supuesto. - a Tina el corazón se le aceleró; esperaba que no se hubiese dado cuenta de la falta de expedientes.
- Quiero decirle que he estado muy satisfecho con su labor aquí. - dijo el psiquiatra ya habiendo entrado a la oficina. - Quisiera saber si está interesada en ayudarme con casos más complejos que se encuentran en este asilo.
- No comprendo a que se refiere. - dijo dudosa, pues su momentáneo asenso no le daba buena espina.
- Me refiero adentrarse más a lo que en realidad es éste trabajo. Los casos más complicados; no los fáciles que habitan en el área norte; hablo de interactuar más con los pacientes del ala este y oeste del hospital. - dijo Medán entrelazando todos sus dedos.
- ¿Evaluarlos? - dijo escéptica mientras observaba detalladamente las acciones de su jefe; era evidente que el desgraciado se sabía controlar. No le quedaba duda que este repentino cambio tenía que ver con los archivos.
- Si. - dijo tranquilo.
- No estoy segura. No sé si me encuentre todavía con la capacidad de bregar con semejante responsabilidad. - dijo Díaz para poner a prueba la paciencia del doctor.
- Hagamos algo - dijo esta vez con las manos juntas como si fuera a rezar. - Le voy a dar un pase temporal de tres días a las mencionadas áreas; ve cómo se siente alrededor de los pacientes, tiene la libertad de hablar con ellos y evaluarlos; luego me deja saber si quiere continuar con el reto o no. ¿Qué le parece? - propuso Medán.
- Me parece bien. - dijo con temor; pero a la misma vez curiosa de lo que podía investigar en esas áreas.
- ¡Perfecto! Pase por Administración para que le proporcionen el pase dentro de una hora. Ahora se puede retirar y piénselo bien que yo sé que usted sería tremendo activo para nuestro equipo.
- Lo haré. - dijo Tina retirándose de la oficina.

Pasado una hora Díaz fue a buscar su pase a la oficina de Administración. Estaba casi segura que todo se debía a que Medán se dio cuenta de la falta de folletos en los archivos y sospechaba de ella. Por otra parte la idea de poder entrar a esa zona le llamaba la atención. A las 8:17 de la noche Medán se fue del asilo; momento que Tina aprovechó para aventurarse a las áreas nuevas por explorar del lugar. Al enseñar su pase la dejaron entrar y todos demostraron el mismo respeto y tensión de cuando el jefe está cerca.

El área este era muy parecida al ala norte; todo estaba limpio y organizado aunque los pacientes se veían más descontentos que en el septentrión del lugar. Trató de hablar con una señora que recordó haber visto alguna vez en el área donde ella trabajaba; pero la paciente estaba tan drogada con sus pastillas que solo hablaba de mariposas y cada vez que la llamaba por su nombre le pedía que por favor la llamara Madame Butterfly. La señora caminaba danzando como una mariposa, era coqueta y se veía alegre; a lo mejor a causa de lo drogada que estaba, pero se comportaba feliz.

El área oeste tenía un olor más desagradable y el personal de entrada era más brusco. Estaba tratando de descifrar el olor raro que tenía la sala, cuando descifró que era un conjunto de orina con detergente, como suelen oler algunos baños públicos. Al poco rato sintió un cantazo en la cabeza que la derribó. En su aturdimiento sintió como le colocaban algo alrededor de su cuerpo que la dejaba inmovilizada. Luego sintió un pinchazo y ahí si perdió todo el conocimiento.

Al abrir los ojos; Tina se encontraba en un cuarto perfectamente limpio en una camilla amarrada. El sueño la vencía y abrir los ojos le costaba. Sintió una persona que estaba junto a ella que se levantó y notó su ausencia cuando la dejó sola. Al cabo de veinte minutos entró Medán.

- Díaz, Díaz, Díaz. - dijo con ojos brillosos y sonreía como nunca lo había visto antes.

- ¿Qué me piensas hacer? - dijo entre mareada y consiente.

- Eso depende de ti; ¿dónde están los papeles? - preguntó el psiquiatra.

- Yo no los tengo. - contestó la muchacha sintiendo en su lengua la pesadez del narcótico.

- ¿Qué quieres perder primero? ¿Las uñas de los pies o de las manos? - el psiquiatra preguntó burlón.

- Se lo juro no los tengo.- imploró.

- ¿Quién los tiene entonces? - volvió a preguntar el doctor.

- Están en mi casa. - mintió la muchacha.

Los ojos de Medán brillaron esta vez de furia. Agarró un bisturí de una de las mesas cercanas a la camilla y se lo introdujo entre medio de la uña y el dedo gordo del pie. Hizo indicio de levantar la uña; pero desistió de hacerlo. La chica sintió el dolor y gritó; aunque sabía que el sedante proporcionado con anterioridad le ayudaba a que el dolor no fuera tan severo.

- Esperaré a que se te pase el sedante y empezaré a preguntarte de nuevo. - dijo tranquilamente limpiando el bisturí. - Te dejo para que analices bien lo que me vas a decir y te hago saber de antemano que tengo gente en diferentes ramas del gobierno que apoyan mi organización. Nadie quiere tanto loco suelto y dando problemas, especialmente si no tienen los recursos para costearse los tratamientos, el censo en los chalados hay que mantenerlo al margen, para que la economía fluya. Pensé que eras más inteligente. No me decepciones. - dijo ésta vez en su acostumbrado tono glacial y se marchó.

Tina empezó a tratar inútilmente de buscar la manera de salir de la camisa de fuerza y los amarres que la tenían sujeta a la cama. Cuando se cansó de intentarlo miró a su alrededor y lo que vio la llenó de terror. En una mesa color plateado pudo divisar algunas herramientas. Entre ellas había un desgarrador de lengua, varios aplastadores de pulgares, un destripador de mama, dos tenedores de hereje, una pera vaginal y el bisturí recién lavado que había utilizado Medán con ella recientemente. Ante todas aquellas cosas el bisturí parecía el más inofensivo. Sabía que había más cosas, pero por más que levantó la cabeza no pudo verlas. A parte de las herramientas había otro tipo de aparatos. Entre los juguetes de Medán se encontraba un aplastador de cráneo, una doncella de hierro, una pecera con ratas y varios cubos de hierro. Su corazón latía rápidamente dentro de aquella camisa de fuerza y luego sintió un calor entre sus piernas y una humedad que la hicieron comprobar que se había orinado encima. Ahí realizó para su desdicha que se encontraba en el ala sur.

Capítulo 24

Laura miraba la silueta de los escasos rastros que quedaban de su adorada amiga sentada en la silla de ruedas. La pena, el coraje y los nervios al enfrentarse ante el mostro de Medán la tenían hace varias semanas fuera de sus casillas. A las chicas la representaba un prestigioso abogado, el licenciado Benjamín Córdova; pero el gabinete de abogados del doctor Medán parecía ser impenetrable. Sus pensamientos fueron interrumpidos al escuchar su nombre.

- La psiquiatra Laura Roldán aboga por las personas con enfermedades mentales del sanatorio. - logró escuchar que decía su abogado. - Los pacientes psiquiátricos en el Asilo Mental de Medán soportan condiciones precarias y un trato inhumano. - incluyó Córdova.

- Objeción. - escuchó a uno de los abogados de Medán decir.

Roldán volvió a fundirse en sus pensamientos; sentía el pecho que le iba a reventar. Su amiga miraba el suelo como si no le importara lo que allí dijeran. Lo poco que se veía del cuerpo de Díaz estaba mutilado, sus manos no tenían uñas, su cuello tenía la marca de dos pequeños orificios y en su blusa se podía divisar un desnivel a falta de uno de sus senos; ya no era la misma ni física, ni emocionalmente.

- La demanda, presentada el 22 de Enero por el Servicio de Higiene Mental Legal, afirma que el Asilo, es una violación a la salud física de los enfermos mentales de la institución. - alegaba Benjamín Córdova. - Las instalaciones del ala oeste están tan llenas que los pacientes duermen en el piso y el personal ignora de forma rutinaria a sus pacientes. Las condiciones sanitarias son mediocre y si el paciente se queja los atan a camisas de fuerzas y los golpean, también son inyectados con drogas psicotrópicas como castigo. - decía el licenciado.

Díaz miró a Roldán con unos ojos desolados y tristes. No quería estar más allí. Todo eso la remontaba a los cinco días de torturas que sufrió; ver a Medán le causaba pánico.

- Las acusaciones que se han expuesto aquí son inexactas, groseras y escabrosas. Estas imputaciones son irresponsables y originan una afrenta no tan solo personalmente al señor Medán si no también al personal dedicado al cuidado de los pacientes del Asilo Mental. - escuchó Díaz que decía uno de los comprados abogados del inescrupuloso psiquiatra.

Lo que dijeran allí era irrelevante; tanto Díaz como Roldán sabían que los daños proporcionados eran irreversibles. Tina sufrió en carne

propia las prácticas que realizaron esos miserables. Todo fue escalofriante; como Medán mismo prometió empezó con las uñas, hubo noches que no pudo dormir pues tenía colocado un tenedor de hereje que tenía una base que le agarraba la mandíbula y el otro extremo tenía dos pullas, parecidas a las de un tenedor de barbacoa, que iban a dar con el esternón. Si se quedaba dormida o bajaba la cabeza le perforaría la garganta. Lo más que la aterrorizó fue cuando le taparon la boca y la nariz con un almohadón y la electrocutaban. Recordó que antes de llevarla de los pelos hacia la maquinaria le habían untado una pomada que causaba picor en las partes sensibles de su cuerpo, incluyendo el área vaginal y el ano. Al ella estar en el piso mientras la arrastraban pudo divisar que el doctor andaba excitado por la erección visible en su pantalón. Cuando por fin la colocaron en la máquina; su cuerpo con cada electrocución se arqueaba como un globo a punto de reventar. Quería gritar pero al tener la boca tapada no podía. Luego, dejaban de electrocutarla, le daban un tiempo a que cogiera aire y volvían a torturarla. Perfectamente rememoró que al tener la boca y la nariz tapada una especie de aullido le salió de la garganta por no poder gritar. Era un sonido que no podía describir porque nunca lo había escuchado antes. No era un gemido, no era un grito lo que emergía, era algo que al no poder salir desembocaba una especie de gruñido que se ahogaba por el dolor inhumano que padecía un cuerpo que le restaban la vida al ser torturado.

A algún acuerdo tuvo que haber llegado su amiga, porque luego le taparon los ojos y en un coche a toda velocidad la llevó alguien a algún lugar remoto. El sitio resultó ser un solitario parque que pudo apreciar después que la cegara por unos instantes una intensa luz, porque era de día. Así sintió al final un profundo alivio cuando empezó a descifrar la silueta de Roldán que había quitado la venda que cubría sus ojos.

- Vamos. - le indicó su amiga interrumpiendo sus pensamientos y agarrando la silla de ruedas por los mangos posteriores.
- ¿Qué paso? - preguntó a su amiga.
- Ganaron. Ellos reconocieron que el hospital experimenta hacinamiento, pero dijeron que la agencia estaba esperando los permisos para la construcción de un ala oeste más grande. De tu declaración salió culpable un tal Alfano y pienso que a lo mejor le aumenten los fondos a Medán para que agrande su institución. - dijo Laura cansada; aunque obviamente molesta.
Solo sácame de aquí. No puedo soportarlo más. - suplicó Díaz en un pobre tono de voz que parecía más el graznido de un pato a causa del maltrato que había sufrido en su lengua.

A Tina le entristeció la noticia de que Medán ganara el caso; especialmente porque ahora agrandaría el asilo y tendría a más gente a la cual maltratar. ¿Justicia? No la veía. A lo mejor no había suficientes pruebas o talvez todo estaba comprado. Solo sabía que desde que salió de ese lugar se sentía deprimida, casi no podía conciliar el sueño y tenía

mucho miedo; pero estaba feliz por algo; de salir de aquel lugar y no tener que verle la cara a Medán nunca más.

Capítulo 25

Willo despertó a media noche al oír unos rasguños que provenían de la parte inferior de su cama. Al abrir sus ojos una luz flotante danzaba por toda su habitación. La luz parpadeante se acercó a él con lentitud, al tener la iluminación más de cerca; ahí pudo ver que era Muriet con una linterna de vela en su mano que se asomaba.

- ¡Bienvenido a Demencia! - declaró. - Debajo de tu cama hay un demonio de humo; toma esta linterna, si no apagas la vela no te hará daño. - le aconsejó.

Al Willo coger la lamparilla el viejo desapareció en la oscuridad. El ruido seguía debajo de su cama y empezó a intensificarse. El joven estaba acostado con la linterna de vela en la mano izquierda inmovilizado del susto. Ras, ras, volvían a sonar las pezuñas en el piso de madera. El demonio empezó a golpear bruscamente la colchoneta y Willo se agarró con la mano libre de la esquina del colchón que daba hacia la pared. Algo áspero, frío y de largas uñas agarró la mano que aguantaba la orilla del catre. Cuando el joven movió el brazo por instinto, lo que lo tocaba se esfumó, dejando en él la sensación de un calentón; como cuando tocas por más del tiempo debido, hielo seco. De pronto vio a la abuela mecerse como el péndulo de un reloj junto a la otra orilla de la cama.

- ¿Qué hago? - le preguntó a su abuela.
- Sabes lo que tienes que hacer. - susurró la mujer.

Willo se levantó de su cama y sintió como la bestia agarraba sus piernas. Movié sus extremidades dando pequeños saltitos y luego alumbró sus pies. Las garras de humo desaparecieron casi al instante. El joven optó por meterse debajo de la cama con la lámpara para hacer desaparecer por completo al demonio. La bestia al verlo se escurrió hasta meterse en un agujero que había en el piso de madera. Al Willo asomar la lámpara al orificio, su abuela se adentró en él.

- ¿Qué haces? - le preguntó el muchacho a la abuela.
- ¿Quieres quedarte para que tus padres se deshagan de ti? - le contestó la señora con otra pregunta.

No hizo falta que la señora dijera más nada; de un solo brinco ya Willo se encontraba añagotado en el suelo del circo de Demencia. Tan pronto entró por el hueco se arrepintió al recordar al hombre de zancos; pero al mirar hacia arriba, a ver si veía el roto por el cual se había adentrado, lo que se encontró fue la parte inferior del piso del carretón donde se había escondido anteriormente del espeluznante zancudo. Para su suerte las piernas del hombre ya no las divisaba por ninguna parte. Así que Willo decidió salir de abajo del carretón. La lámpara seguía encendida y

mientras siguiera así; no tenía que preocuparse al menos por el demonio de humo.

- Ahora; ¿Cómo hago para salir de aquí? - le reprochó el muchacho a su abuela.

En Demencia era de día; para alivio del muchacho ya todas las lamparillas de farol estaban apagadas; así no tendría que toparse con el extraño hombre de piernas largas que las encendía.

- Mientras aquí esté de día apaga la vela de esa linterna o si no al caer la noche no habrá quien te salve de ese demonio. Esa cosa sale solo en la oscuridad; le teme a la luz. Aunque ten cuidado con los lugares oscuros aunque esté puesto el sol; porque puede ser que esté escondido en uno de esos sitios. - le aconsejó la señora.

- Willo le hizo caso y apagó la lámpara. Así el muchacho caminó seguido por su abuela evadiendo cualquier sombreado lugar.

En una esquina abandonada había un carrusel, que a diferencia a los que había visto el muchacho antes; éste se componía de caballos vivos. Los potros eran blancos, aunque estaban lesionados por el palo que los atravesaba de un lado al otro y por esa herida se podía divisar un manchón de sangre seca. Los corceles aunque estaban malheridos y en sus ojos mostraban un dolor profundo, no tenían señales de estar moribundos. Era como si el estar de esa manera fuera normal. Willo se acercó y los caballos mostraron sus dientes y comenzaron a relinchar.

- ¿Qué es toda esta algarabía? - dijo alguien que el muchacho todavía no veía; hasta que salió de detrás de uno de los caballos.

Era el enano que Willo había visto antes, que paseaba con el gato todo golpeado. El muchacho se preguntó por la suerte del felino, hasta que lo vio trepado en el lomo de uno de los caballos limpiando con su lengua la sangre seca.

- Perdona; no quise interrumpirlo. - dijo el muchacho un tanto amedrentado.

- Si te vas a montar; dale, si no; ilárgate! - contestó refunfuñando el diminuto señor.

- Me voy a montar. - dijo el joven no tan convencido para no enojar más al pequeño hombre.

- Por aquí. - le indicó de mala gana el enano mostrándole una puerta de espejo que había en el centro de la plataforma giratoria donde estaban los animales.

Willo se extrañó; pero obedeció. Al pasar por el andamio los caballos se empezaron a alborotar de nuevo, relinchaban y le comían la ropa al

muchacho. Willo asustado aceleró el paso y entró por la puerta de vidrio seguido de su abuela. Al entrar un pasadizo de espejos que hacían ver a Willo más grande, delgado, robusto o pequeño le servía de guía. Al final del corredor llegó a un amplio cuarto abandonado con pinturas viejas en las paredes de animalitos, payasos, niños riendo, como con lo que se decora un cuarto de niños. Una de las paredes rotulaba *Juegos Infantiles*; aunque estaba decorada de igual manera. Todo parecía haber sido un área de juegos abandonada y para desgracia de Willo estaba a oscuras y sin un cerillo para poder encender la vela de su lámpara. El piso del lugar empezó a moverse en forma giratoria y Willo estuvo a punto de perder el balance y caer. De una de las paredes iluminaron dos ojos rojos como los de un semáforo y no tardó en darse cuenta el muchacho que se trataba del demonio de humo. El joven trató de correr de manera opuesta a la plataforma pero luego recordó el consejo que le había dado la abuela; 'en lo ilógico están la mayoría de las respuestas.' Así que el joven retrocedió y echó a perseguir al demonio. Cuando corría hacia el diablillo pudo escuchar a Muriet riéndose a carcajadas. Al ver al demonio se le balanceó encima y acto seguido la cosa lo agarró por los hombros y lo hamaqueó.

- ¡Willo; Willo! - le gritó.

Cuando el muchacho reaccionó era una señora mayor de edad quien lo llamaba. Al verla bien se dio cuenta que era su madre; aunque la recordaba distinta.

- ¡Mamá! - la reconoció el muchacho por primera vez después de tanto tiempo.

- Willo, ¡mi amor! - dijo la señora fundiéndose en un abrazo con su hijo.

Al soltarlo la mujer pudo apreciar que el joven tenía las marcas de unas quemaduras en forma de patas de un animal en las muñecas. La señora no quiso dañar el momento de lucidez del muchacho y solo se las acarició. El joven se miró las manos y por primera vez pudo entender que ya no tenía catorce años.